

## CAPÍTULO VI: LOS OTROS TOMOS Y AUTORES DEL MÉXICO A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

En este capítulo ofreceremos un panorama general de los distintos tomos y autores del México...: del tomo de Riva nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Todos los autores del México... fueron liberales puros o radicales y eran bien conocidos en la sociedad mexicana, de modo que los lectores de entonces sabían muy bien a qué atenerse. También todos eran polígrafos, es decir que dominaban dos o más géneros literarios y, además, el periodismo. Dos de ellos fueron guerreros: Riva y el coronel Juan de Dios Arias. Con excepción de Enrique de Olavarría y Ferrari, que era nativo de España, todos los demás autores participaron en la política nacional aunque ninguno destacó tanto como Riva. Tal vez el rasgo más conspicuo de este contingente sea realmente eran “reputados literatos”, según reza la portadilla de la obra, que pudieron producir textos bien fundamentados y con una calidad de escritura sobresaliente; además fueron capaces de, como decimos ahora, “trabajar bajo presión”, es decir que el editor les fijaba las fechas para la entrega de los capítulos y ellos se comprometían a terminar a tiempo; al parecer sólo José María Vigil tuvo un paso cansino, como veremos más adelante.

Tomo I. México antiguo. Alfredo Chavero (1841-1906).

Comencemos con Chaverito, según le llamaban sus amigos, quien nació en México casi diez años después de Riva, en 1841. Estudió en el Colegio de San Juan de Letrán y luego hizo estudios de Leyes, obteniendo el título de abogado en muy buen

momento, 1861, cuando los liberales triunfan en la guerra de Reforma y necesitan urgencia hombres aptos y con educación. En el 62 es diputado y al año siguiente acompaña a la comitiva del señor Juárez, presidente de la República, en su retirada hacia el norte, provocada por la Intervención Francesa. Sus biógrafos mencionan diversas comisiones durante la guerra pero no aclaran si llegó a empuñar las armas. Después del triunfo de 1867 ocupó diversos cargos: magistrado, síndico del Ayuntamiento, diputado y gobernador del Distrito Federal. Antilerdista, es nombrado oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores al caer el gobierno de don Sebastián, es decir en el primer período presidencial de Porfirio Díaz. Además de sus colaboraciones en muchos diarios de la época, Chavero tuvo dos grandes pasiones: la arqueología y el teatro. Si bien don Alfredo escribió un número considerable de obras cómicas e incluso zarzuelas, sus dramas de mayor aliento fueron los de tema prehispánico: “Xóchitl” y “Quetzalcóatl”, obras de gran mérito por la sola audacia de poner en escena a personajes indígenas en una sociedad altamente racista; pocos aplausos recibió.

Su obra historiográfica puede dividirse en dos partes: obras originales suyas y ediciones comentadas de otros historiadores. En ambos casos la mayor parte de su producción es posterior al México... Un estudio del decreto de abolición de la esclavitud firmado por Morelos, el honor de pronunciar el discurso en los funerales del señor Juárez, consultas indeterminadas para el Diccionario... de José María Pérez y Hernández, algunos apuntes sobre bibliografía mexicana y, lo más importante, su estudio del calendario azteca, es todo lo que hemos podido encontrar publicado por Chavero antes del México... Después de éste publicó diversas colaboraciones especialmente en los Anales del Museo Nacional sobre Sigüenza y Góngora, Boturini, Tovar, Vega, Morfi,

Veytia, astronomía prehispánica, “La piedra del Sol” (en varias entregas), el monolito de Coatlinchán, el calendario de Palenque, antigüedades mayas, exploraciones en el valle de México y también su flora y fauna, la exposición de Saint Louis Missouri. En formato de libro publicó un Homenaje a Cristóbal Colón. Antigüedades mexicanas... por supuesto en 1892; también Pinturas jeroglíficas (1901) y en la misma fecha una nueva versión de Calendario o rueda del año de los antiguos mexicanos. Otros trabajos han aparecido en el siglo XX rubricados por él, que probablemente son alguno de los trabajos mencionados, con otro título: Sahagún y Los azteca o mexica. Fundación de México Tenochtitlan, por ejemplo. En cuanto a la edición de la obra de otros historiadores con comentarios de Chavero conocemos la Historia de Tlaxcala de Muñoz Camargo, las Obras históricas de Ixtlixóchitl y su edición y comentarios al código o Lienzo de Tlaxcala, todos de 1892 y seguramente asociados a la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. En 1904 se reunieron las Obras de Chavero por Victoriano Agüeros. Muere don Alfredo a la edad de 65 años, el 24 de octubre de 1906.<sup>1</sup>

#### Estructura de la obra

El tomo de Chavero muestra claramente una sobrerrepresentación del México central y muy especialmente de la metrópoli lacustre. La obra está dividida en “libros” y ya estos cortes son la prueba de la predilección de Chavero por el México central. En efecto los libros tercero (“Los tolteca”) (parcialmente), cuarto (“Los mexicas”) y quinto (“Grandeza y ruina de México”) están dedicados a esta región, incluyendo el episodio de

---

<sup>1</sup> Véase Jorge Gurría Lacroix, Alfredo Chavero, Gráficos Herber, México, 1952, 16 p.; quien a su vez se apoya en Juan B. Iguíniz, Bibliografía de novelistas mexicanos. Para la vida de Chavero también hemos aprovechado a Enrique Cárdenas de la Peña, Mil personajes en el México del siglo XIX, Banco Mexicano Somex, México, 1979, t. I, p. 493.

la conquista de México-Tenochtitlan, y suman algo más de 550 páginas, de las 900 que tiene la obra; es decir que más del 60 % del espacio se ocupa del enclave central del Estado. El libro primero está dedicado a los “Tiempos prehistóricos” y el segundo a los que llama “Meca” o “ulmeca”. En general el tomo de Chavero se resiente de desorden, de una narración a veces deshilvanada de episodios donde no siempre es fácil distinguir lo que se sabe de cierto, de lo que es especulación o francamente legendario. Ello prueba que entonces no se había formado la imagen estructurada del mundo prehispánico que hoy tenemos, en que las culturas, las regiones y especialmente la cronología están razonablemente bien establecidas. Nos parece que esta obra de Chavero pertenece enteramente a la historia, en el sentido de covacha de trebejos viejos, y sólo quien se interese por el proceso de construcción de nuestra idea del mundo prehispánico leerá este libro con verdadero interés y utilidad. Sin embargo hay que tener cuidado menospreciarlo demasiado pues quizá en cien años los que causaremos risa nosotros.

La reseña biográfica que hemos presentado de Chavero muestra que su mayor productividad fue posterior al México... No obstante él presume, al final de la obra que analizamos, de haber dedicado 16 años “de constantes estudios” al tema de su predilección, nos informa que escribió su tomo del México... en veinte meses y se excusa de incluir notas: “He abandonado la costumbre de hacer citas en notas [aunque hace algunas aquí y allá], porque ni he querido alardear de erudito ni fatigar la atención de los lectores”. Y por último un rasgo de modestia: “Estoy muy lejos de creer que he hecho una obra perfecta: he escrito cuanto sé, sin pretensiones de haber acertado. Y si en ella

por acaso, hubiere algo bueno, recíbalo como humilde homenaje mi patria”.<sup>2</sup> Aquí habría que aclarar que para esta generación la patria no era sinónimo del presupuesto y que sus posturas éticas -contra la Intervención, por ejemplo- les dan cierta autoridad moral.

Señala Chavero cómo los frailes recogieron arengas y tradiciones y luego delata la mirada occidental con que estudia el pasado:

Pero nuestra historia antigua se había salvado; y lo que en el olvido pudo perecer, hoy acaso va a levantarse a nuestras manos, que si guiadas más por la audacia que por el saber, muévense también al resorte del amor a la patria, que abraza el deseo de conservar los viejos recuerdos y las añejas hazañas, como en el salón condal del castillo almenado se guardan los retratos de todos sus señores, la espada de combate del conquistador y el laúd de la castellana.<sup>3</sup>

En seguida hace una afirmación que nos parece extraviada, por decir algo, después de Champolion y su famosa Piedra Roseta: “nuestra historia antigua es más digna de fe que la de la mayor parte de los pueblos primitivos del viejo mundo... y que no es exageración decir que en esto es superior nuestra historia a la misma historia de Grecia... tenían [los antiguos mexicanos] una cronología perfecta, base muy principal la precisión de la historia”.<sup>4</sup>

Estas afirmaciones de Chavero interesan porque delatan una grande necesidad de reconocimiento, que en su carencia, provoca una reacción exagerada al valorar lo “propio”, del tipo como México no hay dos o Jalisco nunca pierde. Nadie pidió una valoración de este tipo y mucho menos ocupar el primer lugar; es un lapsus de Chavero.

<sup>2</sup> Alfredo Chavero, México a través de los siglos, Tomo I, Historia antigua, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. 912.

<sup>3</sup> Chavero, op. Cit., t. I, p. IV. Subrayado nuestro.

<sup>4</sup> Ibid. Debe tenerse muy en cuenta que lo que llamaban hace un siglo “cronología” era más que una lista de fechas, incluía una visión particular y un método para el estudio de la historia. Apunte erudito de Nicole Giron.

Luego señala Chavero que las fuentes más directas para conocer las culturas prehispánicas son los jeroglíficos y se pregunta si pueden interpretarse debidamente entonces explica su escuela:

Al fin un estudio asiduo, una comparación incesante y profundas meditaciones, hicieron que el señor don José Fernando Ramírez, fundador de la manera de historiar que hoy seguimos, encontrase el primero el modo de leer los jeroglíficos fonéticos y figurativos. Consultando cuantas pinturas pudo haber a las manos, ya en México ya en los diversos museos de Europa, llegó a formar una gran colección de pequeñas tarjetas, cada una con un jeroglífico y su interpretación, que constituían en realidad un precioso diccionario. Su orden, división y clasificación venían a dar además algunas reglas generales para interpretarlos. El señor don Manuel Orozco [y Berra], utilizando esos materiales fijó varias de esas reglas, explicó figuras e hizo un ensayo de diccionario explicativo de los principales signos figurativos, fonéticos e ideográficos. Nosotros nos atrevimos a dar una regla general para interpretar los fonéticos, diciendo que los jeroglíficos se leen de la misma manera que se forman las palabras compuestas en mexicano. Y llevamos nuestra audacia hasta estudiar la lectura de mucho mayor número de signos figurativos e ideográficos, emprendiendo la de los simbólicos. Acaso el estudio de muchos años puede darnos la esperanza de no habernos equivocado.<sup>5</sup>

En general Chavero busca con afán enaltecer a nuestros antepasados prehispánicos pero, como muchos otros escritores, se tropieza con la cuestión de los sacrificios humanos, por los cuales manifiesta una repulsión incontenible:

Pero junto a todos estos progresos venía el fanatismo a echar un velo de sangre a tanta civilización y tanta gloria, pues no solamente se repetían los sacrificios, sino que se tenía lujo de barbarie en ellos (...)

Entonces comenzaba el sacrificio gladiatorio, y después del sacrificio desollaban a los muertos y se vestían sus cueros los sacerdotes Tototéctin, los cuales armados de rodelas y de palos con sonajas iban pidiendo limosna de casa en casa. A los veinte días se arrancaban esos inmundos pellejos y los arrojaban en el Yopico.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, t. I, p. 6. Nótese que no se menciona a ninguno de los nahuatlatoos extranjeros.

<sup>6</sup> *Ibid.*, t. I, p. 563. La visión de Chavero de las distintas culturas de Mesoamérica (término que entonces no existía) es tan enredada que ahondar en ella requería las destrezas de un especialista arqueólogo.

## Lecturas de la obra de Chavero

Uno de los primeros juicios que se hicieron del tomo de Chavero fue el que expresó el editor del México... Santiago Balleescá, quien al completarse la edición se sentía aliviado pero escribía con cierta amargura a Riva:

Quiero suponer que crea usted que mi cariño por la obra que se acaba de publicar sea, como realmente es, grande. ¿Cree usted que a pesar de esto pueda yo tener la convicción de que carezca de muy sensibles lunares? Y como que los tiene, en conciencia no podía yo decir que era un libro perfecto (si los hay) y mucho menos podía señalar las partes buenas, las medianas y las malas, explicando al público las causas de tal desigualdad y de que Chavero, por ejemplo, por lo que sólo usted y yo sabemos, afirme en su tomo, en varios casos y contra toda verdad, lo contrario de lo escrito por usted; de que el tomo primero se componga de paja pura y de que en algunos otros se haya dado preferencia a discursos, brindis, etcétera...<sup>7</sup>

La alusión a las demasiado numerosas citas textuales de “discursos, brindis, etcétera” muy probablemente se refiere a don José María Vigil, autor del tomo V del México..., y a su costumbre de copiar largos documentos, lo cual detallaremos al llegar a tomo. En cuanto a la “paja pura” es algo que con el tiempo parece haberse multiplicado en el tomo primero, pues los avances de la arqueología en el siglo XX han modificado radicalmente las ideas que sobre el mundo prehispánico se tenían hace cien años. Falto de actualidad sí, pero no debe despreciarse el tomo de Chavero por sus muchos yerros, pues incluso éstos jugaron su papel para reconocer mejores caminos del conocimiento, aunque sus resultados hoy nos parezcan equivocados.

La mejor crítica que se hizo a Chavero por sus contemporáneos se debe a la pluma del célebre Justo Sierra Méndez, quien al terminarse la publicación del México...

<sup>7</sup> “Cartas del editor de México a través de los siglos”, en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, p. 152. Subrayado nuestro.

hizo una recensión bastante amplia. Citaremos sus principales señalamientos sobre Chavero y después los comentaremos:

Al señor Chavero cupo en suerte, por sus conocimientos arqueológicos, la primera parte de nuestra historia, la anterior a la conquista... Dejando a un lado los errores posibles en inevitables obras de tamaño aliento, puede afirmarse que cuanto de sustancial e importante se conoce sobre estas épocas muertas, está allí, y es relatado en un estilo superiormente literario y florido, elocuente con frecuencia, pocas veces retórico y declamatorio.

Taine afirma que un historiador completo debe, en cierto modo, ser un poeta: lo es el señor Chavero, sin duda alguna. La intuición, el don de adivinar lo pasado, la contagiosa convicción con que nos lo presenta redivivo, fluyen de sus cualidades de poeta. Mas de allí vienen también, y este es el defecto de la cualidad, la facilidad de inferir en grande de premisas o muy vagas o muy pequeñas, de edificar hipótesis atrevidísimas sobre frágiles bases y, en suma, la tendencia de imaginar la historia ahí donde falta el dato concluyente, y la tentación de tomar las simples probabilidades por hechos ciertos...

[...]

Después de la narración de la conquista de nuestro inolvidable Orozco y Berra (Historia antigua y de la conquista de México tomo IV), para referirnos a los contemporáneos solamente, era bastante difícil hacer algo mejor o más interesante; el señor Chavero lo ha hecho diversamente, se ha colocado en otro punto de vista y ha salido muy airoso de un empeño en que ha apurado su talento y su arte. Y este es el caso de felicitarlo por haber dado a la conquista, considerada desde lo alto y en conjunto, todo su valor, y de no haber rendido parias a la escuela que con un criterio que puede ser muy patriótico, pero que por apasionado es perfectamente extraño a la ciencia, niega lo que hay grande en la personalidad de Cortés (mezcla de vicios y cualidades extraordinarios, como tantas veces las hubo en el siglo XVI), y, lo que es más grave, pretende rebajar la importancia suprema de la obra de conquistadores, punto de partida de la sociedad mexicana.<sup>8</sup>

La crítica de Sierra nos parece en general bastante favorable a Chavero; pondera el aspecto literario (lo “cursi” que señalará Gurría Lacroix, como veremos más adelante) y lo elogia hasta cierto punto. No le parece a Sierra este tomo tan “indigenista”, en la

---

<sup>8</sup> Justo Sierra, "México a través de los siglos", en Revista Nacional de Letras y Ciencias, t. II, 1889, p. 113 y ss.; a su vez en Obras completas del maestro Justo Sierra, tomo IX. Ensayos y textos elementales de historia, Universidad Nacional Autónoma de México México, 1948, p. 182-183.

medida que no descalifica a Cortés. En cambio le parece que Chavero se extravía en ocasiones a fuerza de imaginación. Es interesante que Riva haya criticado a Chavero por esto mismo y aun antes de escribir el México... En efecto, en Los Ceros, un libro pleno de humorismo, don Vicente valora la ciencia arqueológico-hermenéutica de Chavero con una frase terrible y festiva a la vez: “cuentan que es tan hábil para comprender jeroglíficos, que ha descifrado toda la historia de Xochimilco en las huellas que dejaron las viruelas en el rostro de un hijo de esa población”.<sup>9</sup> Pero Riva no para ahí sino que entra en pormenores:

¡Oh poder de la ciencia arqueológica! ¡y cómo [Chavero] descubre, desenvuelve, desentraña y desenmaraña los más ocultos e intrincados misterios de las edades pasadas, con sólo el feliz descubrimiento de un botón, de un limpiadientes o una navaja de afeitar!

Encuéntrense ustedes, lectores, una de esas piedras, que tan comúnmente se hallan al hacer una excavación en México, un trozo de roca en donde toscamente se miren grabadas o en relieves horribles e informes figuras, mándenla ustedes lavar y preséntensela a Chavero.

Alfredo arrugará los ojos, dará un buen sorbo de rapé, pondrá luego ambas manos atrás, y sacando todo lo más que pueda el abdomen, os espetará una bonita disertación: “el pasaje que representa la piedra es muy conocido; figura un episodio de la gran guerra entre los atepocates, pueblos belicosos del Sur del Anáhuac, y los escuincles sus rivales, y en la que definitivamente fueron vencidos los últimos. El personaje que está en pie es Chilpocle XI, de la dinastía de los Chacualoles, que por muerte de su padre Chichicuiloté III heredó el trono estando en la infancia, y durante su menor edad fue regente su madre, la famosa reina Apipisca II, la Semíramis de Tepechichilco. El personaje que está de rodillas es Chayote V, infortunado monarca de los vencidos, que debió la pérdida de su imperio a la traición de su consejero Chincual que es el que está detrás de él. Los dos sujetos que están cerca del vencedor, son su hijo, que fue después el célebre conquistador Cacahuate II, y su consejero el ilustre historiador y filósofo Guajilote, por sobrenombre llamado Chicuase, con motivo de tener seis dedos en la mano izquierda, y que fue quien escribió la crónica de la sublevación y destrucción de la tribu de los mestlapiques. Esos signos estrella de dos picos que se ven en la parte superior, son las armas del fundador de la dinastía, Chahuistle el Grande, y esta piedra está labrada en el siglo de oro de las

<sup>9</sup> VRP, Los ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promesa, México, 1979, p. 238.

artes, de los atepocates, cuando figuraron entre sus escultores el insigne Ajolote, entre sus pintores el famosísimo Tlecuil y entre sus arquitectos el célebre Huauontle.<sup>10</sup>

Y en seguida Riva aclara que no desconfía de Chavero en particular, sino de todos los arqueólogos habidos y por haber, sin faltar Champolion. Todo esto lo dice el general en 1882, es decir cuando arrancaba el proyecto del México..., pero años atrás ya había manifestado su incredulidad y dudaba que los jeroglíficos y los códices prehispánicos se pudieran descifrar. Fue en su novela Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México que describió una conspiración en que los levantados conocían el paradero del tesoro de Moctezuma, cuyas señas estaban guardadas en un viejo cofre. Pero al abrirlo encuentran un códice que parecía “un cuadro bizantino pintado por un niño”.<sup>11</sup> Don Guillén no logra entender nada y entonces pregunta a otro personaje:

-¿Ninguno de nuestros hermanos comprende?

-Ninguno: hay figuras cuya significación se alcanza, pero que no dan sino palabras aisladas, de las cuales nada se puede inferir. Mirad aquí, por ejemplo, esta pequeña colina sobre la cual se posa una langosta gigantesca; pues no cabe duda de que representa el cerro de Chapultepec, “cerro de la langosta”. Esta cabeza, encima de la cual se encuentra una flecha hiriendo al cielo, representa al emperador Moctezuma I. Pero todos estos son conocimientos vulgares, insignificantes, piezas de un gran todo, cuyas relaciones nos son desconocidas; falta la clave, y sin ella, todos los esfuerzos serán perdidos. No ahora, en que aún estamos cerca de los días en que esto se escribió, sino en el porvenir, dentro de dos o tres siglos, habrá muchos hombres que de buena o mala fe, queriendo pasar por sabios entre sus contemporáneos, forjarán una leyenda de cada una de esas figuras, explicarán lo que significan cada uno de los relieves de esas piedras que se encuentran a cada paso, labradas por los antiguos pobladores de México; pero todas esas interpretaciones serán más ingeniosas que verdaderas, y más convencionales que exactas; y todos ellos convendrán en que cierto signo quiere decir tributo, y por tributo

<sup>10</sup> Ibid., p. 239. Sólo el primer subrayado que aparece en esta cita es nuestro.

<sup>11</sup> VRP, Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México (prólogo de Antonio Castro Leal), Editorial Porrúa, México, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, 33 y 34), t. I, p. 213.

pasará, y será como si ellos inventaran y no como si interpretaran, y querrán que la gramática española y la construcción española resulten de esos jeroglíficos, estampados por la mano de hombres cuyo idioma no tenía gramática, y eso sólo porque los jesuitas han fabricado gramáticas para los idiomas del Anáhuac, pretendiendo que todos ellos siguen las reglas del latín. ¿Comprendéis bien la dificultad insuperable de descifrar estos jeroglíficos ahora y en el porvenir?<sup>12</sup>

Como se ve Riva da muy poco crédito a las explicaciones arqueológicas, llega a decir que las lenguas nativas carecen de gramáticas y ni siquiera deja a la posteridad la posibilidad de descifrar los jeroglíficos. De Chavero en particular hace una divertida burla con idéntico mensaje. ¿Por qué entonces le encargó el tomo I del México...? Al parecer porque no había nadie más que hubiera hecho estudios del tema y que tuviera las agallas de emprender un proyecto de esa magnitud. Sí, tal vez Orozco y Berra resultó -lo vemos a un siglo de distancia- más atinado que Chavero, pero aquél murió en 1881. Y Chavero era además buen amigo de Riva, compañero diputado. Tal vez lo justo sería destacar que a Chavero le tocó escribir la parte más incierta y por ello la más difícil de nuestra historia. En su propia época y en las siguientes ha sido censurado, pero igual suerte corrieron todos los escritores que se ocuparon en el siglo XIX de los estudios de las épocas prehistóricas y protohistóricas. Aun Ernest Renan, tan admirado por Riva, cuya erudición en filología semítica era universalmente reconocida, fue criticado cuando publicó sus Orígenes del cristianismo y especialmente el primer tomo, que corresponde a la etapa más antigua y legendaria de los israelitas hasta los tiempos del rey David. El propio Renan advierte en este libro que resulta muy difícil establecer los hechos y se propone al menos reconstruir el ambiente, para lo cual ha tenido que echar mano de la imaginación y de antemano se disculpa de sus yerros: “Incluso si he adivinado mal en

---

<sup>12</sup> Ibid.

ciertos puntos, estoy seguro de haber captado la obra única que el aliento de Dios, que es el alma del mundo, ha realizado a través de Israel”.<sup>13</sup>

Con todo en la desconfianza de Riva por los estudios arqueológicos, si bien él se refiere a la arqueología de todas partes, pudiera pensarse que hay una pequeña dosis, muy pequeña, de menosprecio por lo indígena, sin embargo otros textos suyos echan abajo esta idea. Tal vez en el trabajo de Sierra se podría hallar también un indicio de esto cuando dice que son las prehispánicas “épocas muertas”, cuando que la mayoría de los habitantes del país eran entonces indígenas, especialmente abundantes en la península de Yucatán, la cual Sierra llegará a describir como una inmensa necrópolis; pero, de nuevo, esta sería una interpretación un poco forzada de Sierra quien sólo intenta decir que la conquista fue “el punto de partida de la sociedad mexicana”.

De la falta de pertinencia, de la alteridad, de las interpretaciones de Chavero podrían darse muchos ejemplos pero bastará uno para mostrar que el lector llega a creer que se está hablando de una cultura ajena, antidiluviana:

Si ahora resumimos todo lo dicho respecto a las emigraciones de las razas y nos suponemos viviendo, no en el año 995 antes de la era vulgar, sino a principios de ésta, a fin de que lleguemos al tiempo en que las diversas emigraciones debieron alcanzar su completo desarrollo, nos encontramos con la siguiente división geográfica. En la península maya la teocracia de los Zamná, en el territorio quiché la de los Votan y en el de Didjazá la de los petela. Extendida la raza del Sur por el Tamoanchán, y acaso unida en aquellos remotos tiempos con los vixtoti, hallamos en Chulul y Quitemaquí a la otra teocracia de los Xelva. Estas cuatro teocracias forman un conjunto compacto en el Sur.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Cit. en George P. Gooch, Historia e historiadores en el siglo XIX, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, p. 525-526. El subrayado es nuestro.

<sup>14</sup> Chavero, México a través de los siglos, loc. Cit., t. I, p. 269. Muy curiosa también es la disquisición para demostrar que Quetzalcóatl no fue, como algunos habían dicho, un extranjero, que ocupa buena parte del capítulo II del libro tercero. Por otro lado no le parece imposible un antiguo contacto con Egipto: “Por la relación de origen, acaso por comunicaciones muy antiguas, la idea de la pirámide fue común a egipcios y mayaquichés...”, t. I, p. 402.

Hay otra crítica interesante del tomo de Chavero que hizo en 1952 don Jorge Gurría Lacroix, director que fue del Instituto de Investigaciones Históricas, de la Universidad Nacional Autónoma de México, en tiempos posteriores. Con su estilo lacónico, este autor trata de ubicar a Chavero a través de ciertas coordenadas fundamentales. Primero que nada deduce de la obra dramática de éste el carácter del estilo de su escritura “que bien puede ser calificado de cursi”, según el criterio de Gurría Lacroix.<sup>15</sup> Y como contraprueba señala que ni don Fernando Ramírez, ni Orozco y Berra ni García Icazbalceta tienen florido el estilo. La frase final del tomo le parece a Gurría Lacroix la más ilustrativa:

Moría ya la tarde, prometiendo tormenta, y entre nubes rojas como sangre se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto sol de los mexica.<sup>16</sup>

Concedamos, pues para todo hay gustos, que el estilo sea “cursi”. Pero sería, nos parece, más interesante pensar en términos de la eficacia de la escritura. Es decir que Chavero pudo culminar su tomo diciendo simplemente: “Y éste fue el fin de los mexica”, o bien “Queda así explicada la historia antigua de México”. Nos parece que las generaciones actuales se han distanciado del modo de abordar la historia de Gurría Lacroix y los suyos; ahora el papel de la literatura en la historia se reconoce cada vez más. Es claro que mucha literatura puede producir ideologemas, pero como señalamos en un capítulo anterior una frase puede ser una simple verdad en cierto contexto y época, y convertirse luego en ideograma. Imaginad al gobernador de Tlaxcala el 15 de septiembre diciendo “y de guerreros como Xicoténcatl, el joven, que preferían morir por la patria, a dejarla profanar”; imaginad, como es probable, al auditorio ligado

---

<sup>15</sup> Gurría Lacroix, *Alfredo Chavero*, loc. Cit., p. 6.

<sup>16</sup> *Ibid.*

más por el presupuesto que por patrióticas inclinaciones en servil aplauso: un claro ideograma. Pero si Chavero lo dice, como lo dijo, en la página 749, y al decir “patria” evoca sus andanzas durante la Intervención Francesa, comisionado por el señor Juárez, me parece que no sería un ideograma pues Xicoténcatl pereció, en efecto, por su pueblo, como muchos perecieron durante la Intervención; en cambio del séquito del gobernador nadie perece y todos pelechan.

Otros aspectos interesantes de la crítica de Gurría Lacroix son calificar el tomo de Chavero de “indigenista” -si bien Justo Sierra no estaría de acuerdo en esta apreciación-, pues Chavero casi siempre prefiere a los cronistas de esta escuela, y el tomo también le parece tendencioso pues los autores del México en su conjunto son:

Todos ellos liberales, por lo que puede ser catalogada como obra tendenciosa, es decir, de franco sello liberal, y por lo mismo no puede concedérsele el carácter de imparcial muy a pesar de que Chavero en el final del tomo primero exprese que haya procurado serlo, cosa que no logra.<sup>17</sup>

Aquí Gurría Lacroix delata su creencia de que la imparcialidad es posible, es más él de seguro se cree imparcial, mejor que Chavero; pero Gurría Lacroix no muestra interés en explicar por qué era aquél indigenista (lo cual es discutible) y liberal. Establecer un hecho no es explicarlo, es sólo establecer un hecho. Por último el crítico señala que Chavero enfatiza en la conquista el papel de los indios:

El fanatismo enervaría las fuerzas de sus contrarios; para destruirlo, la división de los pueblos le proporcionaría innumerables ejércitos; que pocos soldados españoles dirigirían y acudirían en los momentos supremos; y él, nuevo Dios de nueva e ignota teogonía, dispararía los rayos de fuego de su artillería espantosa para alumbrar los

---

<sup>17</sup> Ibid.

lagos de sangre india de dos ejércitos indios que luchaban para dar la victoria al audaz español.<sup>18</sup>

Para Gurría Lacroix este párrafo es clara evidencia del indigenismo y del pensamiento sobre la conquista de Chavero, bajo el esquema bipolar indigenista-colonialista. Sin embargo en el México... como bien lo percibió Justo Sierra hay un claro afán de no vituperar nuestra ascendencia española; así, más que indigenista, el intento original de Chavero parece haber sido ofrecer una versión mestiza, o por lo menos dual, que integrara nuestras dos raíces principales en un nuevo pueblo. En cualquier caso Gurría Lacroix -quien por cierto señala que Chavero es exhaustivo en el manejo de las fuentes disponibles-<sup>19</sup> es su vez un texto fundamental para quienes se interesen en hacer un estudio de la recepción del México...; tiene él cierta rudeza en la escritura, o si se

---

<sup>18</sup> Alfredo Chavero, “Las naves de Cortés”, en Obras de don Alfredo Chavero, Victoriano Agüeros, México, 1904, p. 313; citado en Gurría Lacroix, Alfredo Chavero, loc. Cit., p. 15.

<sup>19</sup> Gurría Lacroix enumera las fuentes que usa Chavero, pero sólo las escritas, y pasa por alto los monumentos que Chavero valora así: “Esas cifras gigantescas que las viejas razas dejan, al desaparecer, esparcidas en el suelo que ocuparon, han sido, en todos los países, elementos de primer orden para reconstruir su historia. Sirven para este objeto los monumentos, primeramente por su carácter, distinguiéndose su carácter propio y su carácter progresivo. El primero, que se forma de los elementos arquitectónicos especiales, como son materiales, manera de construcción y forma, no sólo determina las razas de un país, sino que es una marca segura del camino de las emigraciones; y la comparación de los monumentos ha llegado a ser uno de los principales datos en los estudios etnográficos. El segundo, el carácter progresivo, señala las etapas de una civilización y es signo seguro del desarrollo sucesivo de un pueblo o raza. El interés de los monumentos crece cuando tienes inscripciones, que naturalmente en nuestras antigüedades son inscripciones jeroglíficas. Son entonces los monumentos grandiosas páginas de la historia, teniendo la ventaja de que no es discutible su autenticidad. Y esta preciosa fuente histórica es muy abundante entre nosotros”. Chavero, México a través de los siglos, loc. Cit., t. I, p. XVII-XVIII. No mencionamos en detalle todas las fuentes escritas que Chavero promete aprovechar porque la lista es muy larga y puede resumirse diciendo que reúne todos los códices y las crónicas tempranas de la conquista que era posible reconocer en su época; el interesado puede consultarlas en el artículo de Gurría Lacroix ya citado, o en la propia introducción del tomo escrito por Chavero, con que se inicia el México...

prefiere cierto esquematismo, que le hace expresar con mayor nitidez la manera de hacer historia de su generación.

Al cumplirse cien años de la publicación del México... se celebró un coloquio conmemorativo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, que no dejó rastros impresos. Aparte de ello el padre Xavier Cacho Vázquez s. j. publicó el ensayo México a través de los siglos a cien años de su publicación 1884-1889.<sup>20</sup> Es interesante esta lectura del México..., si bien resulta académicamente impertinente, quiero decir que expresa una opinión personal que no compartirían todos los historiadores profesionales de nuestro tiempo. De entrada destaca la “índole literaria de la obra”, entendiéndolo por esto “la marcada preferencia de los autores por un relato sabroso, adjetivado con profusión, y más cercano a una novela histórica que a un discurso historiográfico crítico”.<sup>21</sup> En efecto pueden encontrarse inclinaciones retóricas en los autores del México..., pero que lindan en la novela histórica un juicio estrafalario pues en ninguno de los tomos hay propósitos expresos de escribir ficción. Puede ser que ésta surja involuntariamente, pero más correcto sería llamarle error y no ficción. Un “relato sabroso, adjetivado con profusión” lo encontraremos en todos los buenos historiadores del XIX; para ellos esto era no sólo permisible sino una virtud de composición, de hecho -ya lo mencionamos en el capítulo I- usaban la expresión: dar colorido de verdad, es decir que procuraban poner las letras al servicio de la investigación, la literatura como mecanismo de verosimilitud. La lectura de Cacho Vázquez, válida como cualquier otra, pero no tan autorizada, delata que la historiografía ralla de nuestros tiempos se entiende -por él al menos- como un ensayo seco,

---

<sup>20</sup> Archivo General del Estado de Nuevo León, Monterrey, 1998 (Cuadernos del Archivo, 31).

<sup>21</sup> Ibid., p. 13. Subrayado nuestro.

fundamentalmente descriptivo, La obra de don Luis González y González, adjetivada hasta la exageración sería, en este concepto, algo muy distinto a la historiografía propiamente dicha. No obstante el padre Cacho distingue a Chavero, que le parece el menos literario, con lo cual no estaría de acuerdo Gurría Lacroix.

La otra estrategia errada de Cacho Vázquez es enfatizar que el México... es un producto obvio de la filosofía positivista. Él hace sus cuentas: el discurso famoso de Barreda data de 1867, ergo, deduce el padre: “La cuestión no es, pues, investigar si algo tuvo que ver el positivismo en la estructuración de México a través de los siglos, sino en qué grado...”<sup>22</sup> Luego advierte que no se hallará en la obra un riguroso positivismo y cuando queremos darle, al menos en parte, la razón, el prelado deja ver que él se está refiriendo al empirismo, también llamado positivismo, de Leopold von Ranke y no al que inauguraron Spencer y Comte. Esta pifia es de antología y sólo podemos mitigarla relatando que una vez escuché a un aspirante confundir la paleontología con la paleografía. Vigil, el de la Revista Filosófica, el de los debates con Justo Sierra, se revolvería en su tumba de ser llamado positivista, ya fuera al modo de Comte o al de Spencer; sin embargo, sobre todo en el tomo de Riva, hay claras huellas de estos filósofos. Pero el empirismo, el apego a los datos escuetos de la documentación, es un método completamente diferente; e incluso si le aceptáramos al respetable sacerdote esta clasificación anacrónica para el México... nos parece que sería muy forzada su aplicación, más allá de lo evidente, es decir que todos los libros de historia contienen “datos”. Por otro lado esta lectura tan peculiar nos mueve a pensar que hay más maneras

---

<sup>22</sup> Ibid., p. 21.

de leer el México... de lo que podría pensarse y ninguna de ellas puede invalidarse, pues todas enriquecen el texto.

Dados estos peculiares antecedentes ahora podemos copiar la opinión de Vázquez con respecto al tomo de Chavero:

Alfredo Chavero, autor del primer tomo “Historia antigua de la conquista” [sic], se ciñe a los cánones positivistas y nos brinda una minuciosa descripción de las fuentes documentales entonces conocidas e inéditas para la historia de México prehispánico. De entre los seis autores es el que usa un lenguaje más sobrio [de modo que según él no es cursi], con el que no intenta elaborar un relato novelado o dramatizado sobre los datos que aportan los documentos... Congruente con sus principios positivistas de epistemología pragmatística (los datos de la experiencia sensible son los solos y únicos reales para el conocimiento científico), a Chavero no le quedaba más que intentar la descripción de los documentos prehispánicos en su apariencia, ya que no en su contenido (solamente penetrable por la inteligencia y la razón, facultades conscientes que interpretan los datos empíricos ofrecidos a la experiencia sensible). A pesar de esto, en algunas ocasiones Chavero se atreve a intentar alguna interpretación como en el caso de La piedra del Sol, y su intento nos regala lo que hace cien años pensaban que decía tal monumento.<sup>23</sup>

¡Cáscaras! -diría Riva si estuviera en nuestro lugar y se viera en la obligación de comentar este párrafo. Como aquí el positivismo no es el positivismo, sino que es el otro positivismo que no es el positivismo mexicano del XIX, la cuestión es enredosa. Entonces, este párrafo puede servir como precioso ejemplo de que el lenguaje de la historia es multívoco. Además de su confusa idea del positivismo, eso de que el México... es historia novelada ¿de dónde lo sacó? Acaso del tono literario, peculiarmente retórico, más acusado en algunos autores del México... que en otros. Pero sin duda convenció a Claudia Valdés Velandia, autora de la presentación del trabajo de Cacho Vázquez y dueña, muy dueña de una muy original sintaxis:

---

<sup>23</sup> Ibid., p. 13-14.

Las características de la publicación, en las que sobresalen las literarias, con su profuso y ardiente lenguaje, la acercan más a la novela histórica que a un estudio crítico de los hechos y circunstancias en las diversas etapas, revelan con nitidez que en los artífices, impele la urgencia de asegurar la identidad.<sup>24</sup>

Ahora quisiera que alguien se atreviera a decirnos que los textos históricos son unívocos, estables y que los podemos entender directamente. De las interpretaciones de Chavero del mundo prehispánico, de su texto mismo, a las interpretaciones que otros autores venimos haciendo de lo que se supone que quiso decir Chavero se forma una linda comedia de enredos que sólo tiene una solución: telón.<sup>25</sup>

### Ilustraciones

Debemos resaltar el valor de las muy numerosas ilustraciones de la obra, que en tal cantidad no tienen, que nosotros sepamos, precedente. La mayoría son grabados, posiblemente litografías, y vienen intercaladas en el texto, pero hay algunas láminas a una tinta o a color que ocupan una página completa, como son: el dios del año, el palacio “de Palemke”, el juego de pelota, el descubrimiento del pulque (copia del cuadro de José Obregón), pirámides de Teotihuacán, objetos antiguos mexicanos, plano de Coatlinchán, baño de Netzahualcóyotl, la piedra del Sol, sacrificio gladiatorio, cuauhxicalli de Tizoc,

<sup>24</sup> Ibid., p. 1.

<sup>25</sup> En este trabajo no incluimos las muchas lecturas o alusiones al México... que de manera dispersa y breve se han publicado en los últimos cien años. Esta laguna ya ha sido colmada en gran medida por el muy útil y comprensivo artículo de Alejandro García y Lilia Vieyra, “México a través de los siglos: revisión crítica”, en Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, nueva época, vol. 1, núm. 2, segundo semestre de 1996, p. 145-158.

ornamentos polícromos, objetos de la época de la conquista y, finalmente, árbol de noche triste.<sup>26</sup>

Además cada tomo del México... va precedido de una lámina a color que es la alegoría de la etapa respectiva. Es muy de la época cierta estética pretendidamente mexicanista, como el cuadro antes mencionado de José Obregón o la pintura del Senado de Tlaxcala; también de este estilo son ciertos muebles que se conservan en el Museo de Historia de la ciudad de Querétaro con grecas y motivos prehispánicos labrados y, el mejor ejemplo de todos, es el monumento a Cuauhtémoc (que Riva, como ministro de Fomento mandó erigir sobre una pirámide adornada con glifos en altorrelieves donde se mezclan diversas culturas mesoamericanas). Hoy es difícil apreciar los valores estéticos de este estilo que obedeció más bien a un imperativo político: el nacionalismo desalado que siguió al triunfo de la República en 1867. En la alegoría o lámina a color con que inicia el tomo I el motivo central es la piedra del Sol o calendario azteca, lo cual refrenda la predilección de Chavero (que sigue presente en nuestro Museo de Arqueología de la capital, donde la calzada de los turistas remata justo en este monolito) por las culturas de la mesa central; también está allí la piedra de los sacrificios llamada de Tizoc, pero convertida en cómoda banca donde un hombre y una mujer indígenas descansan plácidamente.

Todas estas ilustraciones tuvieron una gran importancia que es preciso revalorar. Una característica común a casi todos los libros que publicó Riva es que están, en mayor o menor medida, ilustrados. Incluso en los periódicos en que participó como director o jefe de redacción, la caricatura con que se ilustraban, casi siempre política, era uno de los

---

<sup>26</sup> En el siguiente capítulo daremos más detalles de las ilustraciones del México... y de sus autores, cuando comentemos el tomo que escribió Riva

aspectos más comentados por los lectores. Entre otros beneficios la caricatura permitía que incluso los iletrados tuvieran cierto acceso a lo que se publicaba en esos periódicos. Pensamos que las ilustraciones del México... tenían un papel parecido al de la caricatura, sobre todo si entendemos ésta no tanto como burla sino como simplificación, como ilustración de los rasgos básicos de la historia que se intentaba transmitir. En este sentido las ilustraciones del tomo de Chavero hablan de un mundo prehispánico en cierta medida idealizado, dominado por el nacionalismo que el liberalismo triunfante quería imponer desde arriba a todo el país, con un claro sesgo centralista. Es claro: los liberales tenían el poder y los recursos para pagarles a Ballescá y a Espasa la edición de una obra lujosa, queremos decir que impusieron su voluntad. Es concebible que muchos sectores consideraran el México... como una imposición y que sólo con el tiempo adquiriría una aceptación generalizada, descontando algunos escépticos. Sin embargo es innegable que esta obra refleja que no fueron en vano los esfuerzos de los historiadores, y especialmente los del siglo XIX, pues se alcanzó una conciencia histórica más elevada por ser integradora, que sumaba en lugar de restar las etapas y las civilizaciones que, no sin violencia, se impusieron sucesivamente en el actual territorio de la República Mexicana. Ahora es difícil apreciar la dificultad que se tuvo en valorar el mundo prehispánico, pues un vaso maya se cotiza en mucho en cualquier parte del mundo; pero tiempo hubo en que ese arte se consideraba monstruoso y carente de los valores estéticos de aquel Occidente que era aún más eurocentrista que el actual. En consecuencia, debe ponerse en valor la tradición historiográfica que heredaron los liberales, pero también es preciso reconocer la aportación de la generación de Riva cuyo coraje se expresa incluso en las ilustraciones del México a través de los siglos: decididos a valorar por encima de todo lo propio -no

carente de un sesgo político- eligieron que en la encuadernación de todos los tomos de la obra destacara también, como motivo central, la piedra del Sol o calendario azteca.

En la alegoría del dibujo de la página capitular correspondiente a la introducción, del tomo I escrito por Chavero, se muestra a una madre casi desnuda con su bebé, al pie de un arquero ataviado con collar, brazaletes y tatuajes, al acecho de un animal que parece más tigre de Bengala que jaguar, al fondo otro hombre, lanza en ristre, aunque decirlo sea un anacronismo, observa sigiloso a un mamut que parece idéntico a un elefante. Notamos algún tipo de agave pero, más importante, un águila con grandes alas sobrevuela y parece otear nada menos que un nopal, pero aún no era tiempo.<sup>27</sup>

Tomo III. La independencia. Julio Zárate (1844-1917).

Zárate es quizá, de los escritores del México..., el menos recordado y no es que a él le falten méritos sino que a los otros autores les sobran. Nació en Jalapa, Veracruz, el 12 de abril de 1844. Allí hizo sus primeros estudios y luego pasó al Colegio Carolino de Puebla donde obtuvo título de abogado. Diputado federal en varios períodos, siendo el primero en 1862 cuando contaba apenas dieciocho años de edad; fue considerado como un excelente orador parlamentario. Colaboró en diversos periódicos, entre los cuales destaca El Eco del País de Atlixco, en el cual combatió al imperio de Maximiliano, y El Siglo Diecinueve, del cual fue editor de 1870 a 1875. Ocupó los cargos de jefe de sección, oficial mayor y encargado del despacho (esto último de diciembre de 1879, febrero de 1880, durante el primer período presidencial de Díaz) de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Luego durante la gubernatura en Veracruz de Juan de la Luz

---

<sup>27</sup> Trataremos de no descuidar los mensajes gráficos de la obra, siguiendo en este punto las enseñanzas de nuestro maestro don Juan A. Ortega y Medina.

Enríquez, obtuvo el nombramiento de secretario general de Gobierno de diciembre de 1884 a octubre de 1886. Fue también profesor de historia de la Escuela Nacional de Profesores desde 1883 y durante los siguientes treinta años. En 1896 se le nombró magistrado de la Suprema Corte de Justicia; en 1912 senador de la República.<sup>28</sup>

Su obra escrita es menos abundante que la de los otros autores del México... Publicó tres textos escolares: Catecismo geográfico del estado de Puebla, Elementos de historia general y Compendio de historia general; además de algunas monografías históricas: Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Episodios mexicanos 1862-1867: Jalapa, velada en la conmemoración del cuarto centenario de la muerte de Cristóbal Colón, Don Luis de Velasco, el segundo virrey de México; y un Discurso pronunciado en la ciudad de Atlixco por el ciudadano Julio Zárate. Otro par de textos parecen ser extractos de su tomo del México...: El sitio de Cuautla y Morelos: biografía: 1765-1815.

#### Estructura de la obra

El tomo de Zárate destaca por ser el que se refiere al período de tiempo más corto: los once años de la guerra de independencia. Pero al autor no parece haberle costado más trabajo que a sus colegas componerlo. El gran aliado de Zárate es el acontecimiento, la peripecia, que le permite construir cientos de narraciones entrelazadas poco más de ochocientas páginas, que para algunos pudiera ser “mera” crónica pero aun así obra historiográfica.<sup>29</sup> Con excepción del análisis geográfico con que inicia el tomo, de algunas reflexiones sobre la política europea y de mínimas consideraciones

<sup>28</sup> Véase Enrique Cárdenas de la Peña, Mil personajes en el México del siglo XIX, Banco Mexicano Somex, México, 1979, t. III, p. 665.

<sup>29</sup> Un excelente análisis de la crónica historiográfica y la crónica literaria puede verse en Álvaro Matute, “Crónica: historia o literatura”, en Historia Mexicana, vol. XLVI, núm. 4, 1996, p. 711-721.

económicas, todo lo demás es historia-batalla, según le llaman los franceses. Así Zárate va siguiendo el curso de la guerra y narra como la suerte se inclina ya hacia los realistas ya hacia los insurgentes. Aunque don Julio tiene una gran ventaja: él conoce, según la expresión de Arthur Danto, el “futuro del pasado”, es decir que sabe de antemano el desenlace de su historia. Este privilegio, permítasenos insistir en ello, no lo tuvo don Lucas Alamán pues todavía en la época que escribió él se debatían dos proyectos de nación sin que ninguno de ellos imperara de forma definitiva; el desenlace llegaría en 1867. En efecto el triunfo de la República en nuestra “segunda guerra de independencia” contra la Intervención Francesa es el parteaguas que decidió la ruta del país. Esto se sintió desde ese mismo año por quedar los conservadores totalmente derrotados, erradicados se podría decir, de la lucha por el poder, y para los años ochenta el destino de un México republicano e independiente de cualquier potencia era clarísimo.

El volumen tercero es, de los cinco, el tomo central. La faena que tenía ante sí Zárate era demostrar que la independencia fue un bien de suyo evidente, a la vez que tenía que ofrecer una versión que fuera aceptable, en lo posible, para la comunidad de historiadores. Así, dice en la introducción: “Hidalgo concentra las aspiraciones justísimas de la inmensa mayoría de los mexicanos”; y páginas adelante lo repite: “la Independencia traducía la ardiente aspiración de la gran mayoría de los mexicanos”.<sup>30</sup> A la vez Zárate propone que ya es posible una lectura no partidista de la guerra de independencia:

---

<sup>30</sup> Julio Zárate, México a través de los siglos, Tomo III. La independencia, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. IX y XII.

“Hemos ya alcanzado la época en que la historia de la guerra de Independencia puede escribirse sin odio y sin lisonjas”.<sup>31</sup> Él se propone ser imparcial:

La misión de la historia quedaría a su vez envilecida si hubiera de atenuar los desafueros atendiendo al lado en que fueron cometidos: podemos, y más todavía, debemos, como mexicanos, elevarnos hasta el entusiasmo al relatar las proezas de nuestros padres; pero no sería lícito que callásemos con cobarde complacencia sus errores. Podemos sentir íntimo y legítimo orgullo al describir sus glorias; pero seríamos reos de imperdonable injusticia si negáramos a los antiguos dominadores de este suelo su indómito valor, su infatigable energía, su ardiente patriotismo nunca adormecido y que han dado al pueblo español un lugar altísimo en la historia. Más benemérita aparecerá así la noble y grande empresa de nuestros progenitores, iluminada por la luz de la justicia y en parangón con el esfuerzo y el indomable brío de sus contrarios.<sup>32</sup>

Este párrafo apunta en cierto modo a la idea de que la historia es un tribunal y el historiador severo juez, sin embargo nótese que no es vituperio sino ponderación positiva la que hace este autor del pueblo español. Ciertamente el tomo de Zárate ya no es la partisana de un Carlos María de Bustamante, pero el sello liberal está impreso en toda obra y se expresa, claramente, en sus muchas discusiones con Alamán, para corregirlo siempre.<sup>33</sup> En cambio suele apoyarse en Mora, Zavala y Bustamante. También cuando narra algún evento de dudoso resultado, sujeto a esta o aquella opinión, don Julio será bueno con los insurgentes. Una prueba de ello es la batalla del Monte de las Cruces: 80.000 indios enfrentan a poco más de 1.500 hombres del ejército realista al mando de don Torcuato Trujillo; durante todo el día se hizo una carnicería de los mal armados y peor disciplinados insurgentes, pero eventualmente rodearon a los realistas y éstos

---

<sup>31</sup> *Ibid.*, t. III, p. XIII.

<sup>32</sup> *Ibid.*, t. III, p. XIII.

<sup>33</sup> Véase *ibid.*, p. IX y XII; libro primero: caps. V, VIII (dos veces), IX “inexactitud y malevolencia de dicho escritor”, cap. XI, XIII “falseo de la historia por Alamán”; libro segundo: caps. IV, V, X “falsas afirmaciones de Lucas Alamán”, cap. XII; libro tercero: caps. II, XI “contradicciones en que incurre Alamán”, caps. XII y XVI, etcétera.

recularon; pero he aquí que en lugar de entrar a México los insurgentes toman el rumbo de Aculco. Lo que estaba en la mente de Hidalgo es materia sólo accesible a la especulación. En cambio es evidente que los insurgentes, en su periplo desde Dolores, no habían hallado resistencia de consideración, más allá de la que tuvieron en Guanajuato no muy eficaz. El Monte de las cruces fue su verdadero bautizo de sangre y muy caro por cierto. El mérito de Trujillo consistió en detener la fuerza enemiga, la cual optó por varias su rumbo. Esto y la disparidad numérica nos mueven a ver mayor ganancia en ese día para los realistas pero Zárate se inclina por los sublevados. Y luego reclama que Alamán pondere a Trujillo más grande que Leónidas en las Termópilas.

No obstante Zárate y Alamán concuerdan en lo esencial: el intento de insertar a sus personajes en parangón con los héroes clásicos de la Antigüedad, ya sea en positivo o en negativo. Así, según el primero, Carlos IV “parecía reforzar al cabo de diecisiete siglos la irrisoria majestad de Claudio”.<sup>34</sup> O bien: “El cura de Dolores aparece con toda la grandeza de los héroes antiguos al asomar la aurora del 16 de septiembre de 1810”.<sup>35</sup> Y Guerrero, nuevo Ajax, “no pide a los dioses favor ni tregua; pídeles tan sólo luz seguir luchando contra ellos”.<sup>36</sup> Aquí nos recuerda Zárate que la narración de la gesta de independencia corresponde al género épico que en Occidente tiene una tradición muy antigua que se remonta a la Ilíada, de tal modo que los documentos que maneja, los que cita o los que incluye en el apéndice<sup>37</sup> no estorban a una retórica tradicional que enseñaba

---

<sup>34</sup> *Ibid.*, t. III, p. VII.

<sup>35</sup> *Ibid.*, t. III, p. IX.

<sup>36</sup> *Ibid.*, t. III, p. XI.

<sup>37</sup> Una peculiaridad del tomo de Zárate que lo hace distinto a los demás es que al final de la obra incluye un apéndice que consta de catorce documentos siendo los más importantes de la “Balanza del comercio de Veracruz correspondiente al año de 1803”, la “Memoria secreta presentada a su majestad por el conde de Aranda”, el “Bando de Hidalgo aboliendo la esclavitud”, el “Manifiesto del doctor Cos”, la “Nómina de los miembros del clero secular y del regular, que promovieron, coadyuvaron o tomaron las armas en las gloriosas guerras de independencia de México” y el “Decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana, octubre 22 y 23 de 1814”.

con reglas específicas, el modo correcto de contar una guerra. De hecho no es una guerra, sino la guerra, es decir la gesta fundadora de la nación. Por ello el autor dará cuenta de las clases dominantes de la Nueva España, en un movimiento reaccionario, optan la independencia cuando se restablece la Constitución liberal de Cádiz en 1820 y en ese momento Iturbide juega su gran papel. Pero esta observación, sociológicamente correcta, es puesta en paralelo con arrebatos patrióticos que ya no acostumbramos:

BIBLIOTECA VIRTUAL

Era el 27 de septiembre de 1821. Un entusiasmo delirante animaba ese día a todos los habitantes de la hermosa ciudad de los lagos, ceñida con sus galas más ricas y desplegando a los aires en sus torres y palacios la bandera de la Independencia adoptada en Iguala. Era el símbolo de la soberanía nacional, era el emblema de un pueblo que nacía en aquellos momentos a la vida independiente, y al reflejar los rayos del sol en sus bellos colores, todos los corazones palpitaban henchidos de júbilo y los ojos se empañaban con el llanto del patriotismo orgulloso. Jamás pueblo alguno tuvo motivo para regocijarse tanto como el pueblo mexicano en aquel día de eterna memoria. Después de once años de lucha portentosa contemplaba terminada la obra augusta iniciada en Dolores. Más de una vez había creído que su libertad espiraba [sic] en los cadalsos junto con sus más egregios defensores, y en esos instantes la sentía vivir y fulgurar con toda la fuerza de la juventud y de la victoria. Podía pronunciar y bendecir en alta voz los nombres de los héroes que le habían dado patria emancipada. Alzaba al cielo himnos de inmensa gratitud por el bien inestimable que comenzaba a sonreírle. Se hundían para él en los abismos del tiempo la esclavitud con sus cadenas, la servidumbre con su dolor y su ignominia, y contemplaba el porvenir radiante de esperanzas. Era al fin dueño de sus destinos, y por eso tendía alfombra de flores al paso del ejército independiente, y por eso, en medio de atronadoras y universales aclamaciones, saludaba con el nombre de Libertador, doblegándole al peso de sus coronas, al jefe de aquellas legiones que acababa de inscribir a México en el catálogo de los pueblos libres.<sup>38</sup>

Dudamos mucho que alguna de las actuales “comisiones dictaminadoras” aprobara un texto en este tono. Nosotros intentaríamos sostener que es un estilo elevado,

---

<sup>38</sup> Zárate, *México a través de los siglos*, loc. Cit., t. III, p. XII-XIII.

pero Gurría Lacroix nos diría que es “curioso”. Nosotros apelaríamos al lenguaje: el “perspicuo” conde de Aranda, la “tremenda rota [derrota] de Trafalgar”, “el armipotente aliado”, el “integérrimo Morelos”, la “aleve invasión”; concedemos que ya no se suele escribir así, pero nos da mucho gusto que Zárate lo haya hecho. Toda guerra, o al menos toda nación, necesita su Homero y don Julio lo fue muy digno para México. A primera vista Zárate es el más desconocido de los autores del México..., pero no fue elección de Riva; hemos dicho que el primero tenía fama de ser excelente orador y al parecer el segundo pensó que eso era lo que necesitaba la guerra de independencia, más que un escritor un cantor. Y de nuevo precisamos recordar que quienes vivieron la Intervención Francesa, me refiero a los escritores, retomaron esa fibra épica y la aprovecharon con brillo. Ni siquiera la guerra en Chiapas nos permite a los contemporáneos tener una idea de lo que es verdaderamente el combate, el valor o la audacia, el pánico de la desbandada y la cercanía de la muerte. Y qué bueno que sea así. Pero, como casi todas las naciones, tenemos un origen épico, una guerra sagrada que permitió el surgimiento de “un pueblo nuevo en la filiación de las sociedades políticas”,<sup>39</sup> según palabras de Zárate. Y lo sagrado no es propiamente sujeto del escrutinio científico, es más bien motivo de veneración. Cada 15 de septiembre se intenta avivar esa llama, ese mito que se llama patriotismo, pero generalmente prevalece el alcohol y el desorden. Al contemplar ese registro épico de Occidente, antiguo en más de tres mil años, nos cuesta trabajo descartarlo, rechazarlo, de un plumazo. Tal vez las conflagraciones mundiales de nuestro siglo, los muertos que se cuentan por millones y nuevas armas con un poder destructivo fenomenal, han cambiado el concepto de lo épico que nuestra generación

---

<sup>39</sup> Ibid., t. III, p. XIII.

asocia a valores negativos. Ernst Junger, tal vez el último héroe clásico, ha muerto hace poco a los 102 años de edad. Pero sigue siendo cierto lo que leímos en la Iliada hace años: “maldito el cobarde que inventó las armas que matan a distancia”, aunque ahora de otro modo, pues no es lo mismo lanzar una flecha que un misil balístico intercontinental.

En cualquier caso opinamos que la obra de Zárate ocupa un lugar distinguido en nuestra tradición historiográfica. Le tocó en suerte escribir el tomo central de una obra en muchos sentidos fundadora y estuvo a la altura de la empresa. Sabemos que anda un poco errado cuando supone que la Nueva España, en sus últimos tiempos, era próspera; investigadores de nuestro tiempo como John Jay TePaske han echado abajo esta idea: la colonia se hallaba en virtual bancarrota.<sup>40</sup> Tal vez su estrategia narrativa, es decir el relato de las minucias, no necesariamente es la mejor manera de explicar. Como ha señalado Arthur Danto<sup>41</sup> incluso un cronista ideal que pudiera narrarlo todo, absolutamente todo, siempre terminará apoyándose en otro dato fundamental, su conocimiento del “futuro del pasado”. Es decir que la comprensión no viene tanto de la multiplicación de los pormenores, sino del conocimiento del lugar en donde encaja determinada etapa en el

---

<sup>40</sup> Este autor apunta que desde 1780 la Nueva España había entrado en una crisis gradual e inexorable y demuestra que para el año de 1810 el colapso financiero del Estado era un hecho consumado. Con la independencia esta severa crisis se convirtió en catástrofe pues al interrumpirse la producción minera se dejó de percibir la parte más substancial de los ingresos. Véase John Jay TePaske, “The financial disintegration of the royal government of Mexico during the epoch of independence”, en Jaime E. Rodríguez O., The Independence of Mexico and the Creation of a New Nation, University of California, Los Angeles-Irvine, 1989. Una idea bastante completa de la visión actual de la independencia puede seguirse en los varios libros de Jaime E. Rodríguez O. Él adopta una visión muy amplia que contempla cómo se viene abajo el imperio español en América, que es el otro nombre que se puede dar a las guerras de independencia; el nacionalismo exagerado tiende a minimizar el papel de la decadencia del imperio en su conjunto. En cuanto a los daños causados por la guerra a la industria minera véase: Hira de Gortari Rabiela, “La minería durante la guerra de independencia y los primeros años del México independiente, 1810-1824”, en el libro arriba citado y editado por Jaime E. Rodríguez O.

<sup>41</sup> Arthur Danto, Analytical Philosophy of History, Cambridge University Press, Cambridge, 1965, p. 112 y ss.

Proceso general de la historia, para lo cual es preciso conocer el desenlace del proceso. Sin embargo al leer a Zárate y comprobar que prácticamente no hay sitio, al menos centro de México, que no haya sido lugar de una batalla nuestro territorio se ve de otro color, rojo como la sangre.

Ya hemos citado una frase de Zárate donde se propone no restarle méritos a los adversarios de la independencia y aun otorga al pueblo español un lugar distinguido entre las naciones. ¿Significa esto que tiene una visión colonialista de la historia, según la dicotomía que menciona Gurría Lacroix? Me parece que su postura es ambigua. Por un lado apela al sentimiento de nacionalidad heredado del Anáhuac prehispánico, pero no explica si éste se hallaba en los cerebros de los pobladores, en el agua que bebían o en el ether atmosférico; queremos decir que con excesiva facilidad Zárate aplica términos como el de “nacionalidad” y el de “patria” -que nunca define con precisión, sino que incurre en el presentismo- a un conjunto heterogéneo de culturas (prehispánicas) y tal vez a ello de deba, al menos en parte, la sobrerrepresentación de la cultura azteca, dejando en la oscuridad a todas las demás. Dice este autor:

Y el dominio de España, tres veces secular, no fue bastante, lo repetimos, a desvanecer el sentimiento de nacionalidad en el pueblo sometido a sus leyes ni a lograr la absoluta asimilación de la colonia a la metrópoli, porque se alzaba entre ellas, siempre enérgico y vivaz, el recuerdo de una patria independiente que había gozado de épocas gloriosas, que había sucumbido con noble heroísmo y cuyos timbres invocaban con secreto orgullo los vástagos de aquel brillante y poderoso pueblo que cayó vencido en el primer tercio del siglo XVI.<sup>42</sup>

Pero un poco más adelante Zárate pondera el proceso de mestizaje y el surgimiento de una nueva nacionalidad: “un nuevo pueblo formose a la sombra de una

---

<sup>42</sup> Zárate, *México a través de los siglos*, loc. Cit., t. III, p. IV.

dominación cuyas robustas bases flaqueaban ya en los postreros años del pasado siglo”.<sup>43</sup> Y en seguida nos asegura:

Durante las tres centurias de la dominación española hay, empero, un lento trabajo de identificación de que resultará el alma nacional. producto de diversos intereses, de nobilísimas aspiraciones, de vehementes deseos, que con el transcurso del tiempo llegaron a confundirse y a intentar la realización de esos mágicos ideales que acarician los pueblos oprimidos.<sup>44</sup>

Además pondera “el genio y el valor”<sup>45</sup> de Hernán Cortés, es decir que no condena su actuación en la historia. Pero, al parecer, Zárate trata de ofrecer una visión mestiza de nuestra nacionalidad que se forma de la herencia prehispánica y también de la época colonial, lo cual le permite asegurar que:

La guerra revela entonces que un descanso de tres siglos no ha cambiado ni el amor a la patria ni el valor ingénito de los hijos del suelo mexicano, cuyos antecesores lucharon con bravura y cayeron por fin al incontrastable choque de la Conquista.<sup>46</sup>

Y como remate de su “Introducción” Zárate termina con unas frases lapidarias:

Cayó la dominación española cuando se había cumplido su destino y en los momentos precisos e improrrogables de su término.

Cayó, y México entra entonces a la vida tempestuosa de los pueblos jóvenes y libres, y comienza a marchar por el sendero glorioso y difícil de las naciones independientes. Trae a su nueva existencia los errores y defectos que le han legado sus dominadores, pero ha heredado también sus altas virtudes, y ellas le bastarán para mantener su independencia.<sup>47</sup>

En esta frase final Zárate parece inclinarse a una mayor influencia de la dominación española, que se combina, no obstante con el “valor ingénito” y “el amor a la patria” de los antiguos mexicanos. Antes nos ha dicho que la insurgencia se formó de

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, t. III, p. V.

<sup>44</sup> *Ibid.*

<sup>45</sup> *Ibid.*, t. III, p. XII.

<sup>46</sup> *Ibid.*, t. III, p. XIII.

<sup>47</sup> *Ibid.*, t. III, p. XIII.

indígenas, de mestizos y castas, y también de criollos. Ya es muy clara aquí la visión integradora del México... que sigue la estrategia de aglutinar todas las etapas y todos los pueblos que han figurado en nuestra historia; en principio la integración es artificial pues no es lo mismo escribir en casa un capítulo donde alternen los antiguos mexicanos -clasificación también artificial, presentista- con los conquistadores, a lo que fue la batalla, la diplomacia, la violencia y el deslumbramiento que Cortés y los suyos trajeron a este continente. Queremos decir que con el paso del tiempo las olas se calman y el mar embravecido de las luchas de pueblos y de las clases se torna en un liso espejo que Zárate -lo mismo que los otros autores- mira y se halaga creyendo que ve el pasado, pero es claro que se mira a sí mismo; puede decirse, pues, que el Porfiriato está presente en cada a página del México... Todo esto es importante para nuestra tesis, pero es preciso completar la lectura de la obra para reconocer debidamente el terreno.

#### Fuentes

Para formarnos una idea precisa de las fuentes fue preciso levantar una estadística del aparato crítico que nos indicara las obras citadas y la frecuencia de citas. Para aclarar el análisis dividimos las fuentes en los siguientes tipos: obras de historiadores, fuentes primarias (que incluyen documentos publicados, documentos de archivo<sup>48</sup> y periódicos) y obras generales. Lo primero que resalta es que casi la mitad de las veces (46 %) en que Zárate cita o se apoya en una fuente corresponde a obras de otros historiadores que lo precedieron, y es curioso que la obra que más combate es la que más veces cita o menciona, nos referimos a la Historia de México de Alamán (288 menciones

---

<sup>48</sup> Sólo contabilizamos las citas en el aparato crítico, lo cual basta para darnos las tendencias básicas.

o citas). Le iguala casi Carlos María de Bustamante (287) si reunimos todas sus citadas. A mucha distancia les sigue a ellos el doctor Mora con México y sus revoluciones (50 menciones), José María Lafragua con Hombres ilustres mexicanos (47) don Modesto Lafuente cuya Historia general de España (32) es su fuente principal para lo concerniente a España y el escenario europeo. También aprovecha bastante las

Memorias de la Revolución de México (29) de Robinson y las Adiciones y rectificaciones a la Historia de México que escribió don Lucas Alamán (22) de José María Liceaga. En cambio recurre menos a la Historia de la revolución de Nueva España (10) de fray Servando Teresa de Mier y al Ensayo histórico de las revoluciones de México (7) de don Lorenzo de Zavala. Otros autores multicitados, pero con menor frecuencia, son Rosains, Manuel Rivera Cambas, Manuel de Mier y Terán, Luis Pérez Verdía, Vicente Rocafuerte, Francisco Sosa, Agustín Rivera, Anastasio Zerecero y el conde de Toreno. Algunos más son mencionados sólo una vez.

En lo que toca a colecciones de documentos publicadas la de Juan E. Hernández y Dávalos, Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1801 a 1821 fue la fuente documental casi única de Zárate quien se apoya en ella o la cita en 327 ocasiones. En notable contraste la edición oficial de Derecho internacional mexicano es citada sólo 4 veces, la Recopilación de Indias 3 y cierta Manifestación del cabildo de Valladolid 2 veces. Siete fuentes documentales más se citan una vez.

Documentos de archivo al parecer manejó muy pocos. En 16 ocasiones remite a documentos del Archivo General de la Nación, un par de veces a documentos en poder de

Vicente Riva Palacio y hay tres documentos más que cita, con cierta vaguedad, que podrían ser de archivo.

En cuanto a publicaciones periódicas destaca por mucho la Gaceta de México con 90 citaciones, seguido muy de lejos por el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística con apenas 5 menciones; le siguen, con 2 citaciones, el Diario de las Cortes y cierto Plan del Mexicano Independiente, que presumo sea periódico. Cinco periódicos más son mencionados en una sola ocasión.

Por último, en cuanto a obras generales, el barón de Humboldt impera con 5 menciones de su Ensayo político sobre la Nueva España. En escalera le siguen cierta Memoria sobre la población... (4) de Fernando Navarro y Noriega y el Diccionario mexicano de historia y geografía (3). Sólo ocho obras más son mencionadas una sola vez.

En suma, sobre las fuentes que usó Zárate podemos decir que aprovechó principalmente el cúmulo de la historiografía que sobre la independencia se había escrito a lo largo de más de cincuenta años. Comparando unas y otras obras, aprovechando los aspectos más ventajosos de cada una pudo hacer una suma nueva, que reunía en más de ochocientas páginas todo cuanto más de notable se había escrito. De valor estratégico resultó la publicación de la colección documental de Hernández Dávalos, que le dio acceso a información nueva que no conocieron los primeros historiadores de la independencia. Como crítico documental Zárate no descolla y busca en el documento el dato, el acontecimiento, sin alarde diplomático alguno. Si aquí y allá cuestiona la autenticidad de algún documento puede tenerse por seguro que éste no halaga la causa de la independencia, por ejemplo la documentación de los procesos seguidos a Hidalgo y a

sus principales capitanes, que sólo “el oráculo de la facción clerical”, es decir Alamán, les da entero crédito.<sup>49</sup>

Una peculiaridad del tomo de Zárate, ya lo anotamos, que lo distingue de los otros del México... es que incluye un apéndice con catorce documentos sobre varios temas (religiosos, económicos), pero destacan en ellos los asuntos políticos. Uno muy notable es la memoria secreta del conde de Aranda a Carlos III,<sup>50</sup> en donde propone (en 1783) una emancipación parcial de las colonias americanas, a la cual alude y comenta Zárate en su “Introducción”. En nuestros tiempos este documento es poco citado y tal vez don Julio -siempre con una visión integradora- quiso destacar que la oportunidad de la independencia era tan clara que ilustres estadistas españoles la habían recomendado hacía tiempo.

#### Lecturas del tomo de Zárate

Don Julio Zárate, según se deduce de la correspondencia de Riva con Ballescá, fue diligente en su trabajo, cumplió el compromiso y no hizo ruido. Lo único que de él dice Ballescá es muy escueto, en una carta de junio de 1887: “El señor Zárate ya terminó su tomo”.<sup>51</sup> Por su parte Justo Sierra, en su crítica del México..., se excusa de comentar tomo de Zárate y dice, otra vez escuetamente: “Aún no hemos tenido vagar para leer el

<sup>49</sup> Ibid., t. III, p. 215.

<sup>50</sup> “Memoria secreta presentada al rey Carlos III por su excelencia el conde de Aranda, sobre la independencia de las colonias inglesas, después de haber firmado el tratado de París de 1783”. Véase Zárate, México a través de los siglos, loc. Cit., t. III, p. 757-758.

<sup>51</sup> “Cartas del editor de México a través de los siglos”, loc. Cit., carta de Santiago Ballescá a VRP, México, junio 30 de 1887, p. 141.

voluminoso tomo...”<sup>52</sup> Pero Zárate sí fue incluido en la crítica que el padre Cacho publicó con motivo del centenario de la magna obra:

El rigor de la cronología, la puntualidad del seguimiento de datos aportados por las mejores fuentes conocidas, integran el método de don Julio Zárate. La brevedad del período presentado permite a Zárate afocar con gran detalle los acontecimientos. No se trata del universo sin contornos fijos del México prehispánico, ni siquiera de los tres siglos anteriores a la lucha de la Independencia. Pero quizá en eso mismo Zárate se entrampó y echó mano y abusó de la grandilocuencia y del verbalismo. El lector añora los relatos sabrosos de Riva Palacio, se cansa con los detallismos prolijos de Julio Zárate, quien obviamente no tiene la calidad literaria ni el ingenio vivo de Riva Palacio, ni quizá tampoco de Olavarría y de Vigil. Otra meta de Zárate es moralizar a lectores con los altos ejemplos de los héroes, objetivo que encaja en el deseo de todos los autores de México a través de los siglos de marcar en las conciencias de los mexicanos lo que México debe ser y afirmar como nación independiente y libre.<sup>53</sup>

Aquí como el padre elogia a Riva yo debería estar de acuerdo con él, aunque sus apreciaciones sólo prueban que el estilo, más clásico y castizo de Riva ha resultado más duradero. En cuanto a la función de “moralizar a los lectores” que Cacho enfatiza mucho tino, trae a la memoria a los autores que comentamos en el primer capítulo de este trabajo -De la Rosa, Lafragua, Prieto-, para quienes era inconcebible una historia “inmoral”. El perfeccionamiento progresivo de la historiografía, especialmente en el sentido de buscar un mayor rigor científico, ha preferido en nuestros días explicar antes que moralizar, del mismo modo que se propone más comprender que juzgar. Pero la historia moralizante -muy cercana a la historia de bronce que don Luis González y

<sup>52</sup> Justo Sierra, “México a través de los siglos”, en Revista Nacional de Letras y Ciencias, 1889, t. II, p. 113 y ss.; antologado en Obras completas del maestro Justo Sierra, t. IX, Ensayos y textos elementales de historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948, p. 185. No obstante se hace patente la buena opinión que tenía Sierra de las habilidades de Zárate como historiador, en el hecho de que lo invitó a colaborar en el México. Su evolución social. Apunte erudito de Álvaro Matute.

<sup>53</sup> Cacho Vázquez, México a través de los siglos a cien años de su publicación 1884-1889, loc. Cit., p. 34-35.

González ha examinado con brillo- no ha desaparecido: basta pensar en los libros de texto obligatorios que, si bien han sido depurados de ciertos excesos de las ediciones de los años sesenta, no dejan de tener un claro fin cívico y moral. Esto no escandalizaba a don Edmundo O’Gorman, quien creía que cada edad, que cada etapa del desarrollo del estudiante, requería de un tipo diferente de historiografía pues debe buscarse -en el ámbito pedagógico- que a los lectores les guste la historia, en todo lo cual estamos muy de acuerdo. En el caso de Zárate el objetivo es doble pues al tiempo que eleva a un altar a los héroes de la independencia y los coloca, por así decirlo, más allá del ámbito humano, tiene además un claro interés por descubrir la verdad -su verdad- histórica y discute y polemiza con otros historiógrafos. Recordemos siempre que Zárate escribió su libro hace más de cien años, cuando la palabra independencia tenía un valor distinto -actualísimo- pues estaba fresco en la memoria de todos el recuerdo de las invasiones extranjeras del 46 y del 62.

#### Ilustraciones

En la lámina a color que abre el tomo, obra de Ramón Cantó, aparece al centro la patria empuñando la bandera tricolor en una mano y la espada en la otra; abajo hay imágenes difusas de una batalla, probablemente la del Monte de las Cruces, a juzgar por los pinos circundantes y por un monumento que aquí sólo se ve en parte, pero que recordamos haber visto en ese sitio antes de la ampliación de la supercarretera; por último, abajo a la derecha, un arcángel aparece escribiendo las glorias de los cientos o miles de indígenas que fueron sacrificados ahí.

Al iniciar la “Introducción” hay un grabado notable, también de Cantó, figura al león de Castilla, sostenido por dos columnas que ostentan el lema de Carlos V “plus ultra”; al fondo aparece un templo que sin duda debe ser el de Dolores, en tanto que un águila vuela sobre el león y con sus garras sostiene el estandarte de la virgen de Guadalupe.

Todo este lenguaje gráfico es interesante pues no es simplemente algo que ilustra el texto, sino que se trata de un discurso paralelo que destaca -más que en el texto- imágenes como la de la Virgen de Guadalupe, cuya aparición en el Tepeyac no registra Riva en su tomo. También es preciso considerar que a finales del siglo XIX no había ese arsenal inmenso de imágenes de que disponemos hoy; la fotografía había llegado a México en la década de los cuarenta, pero cuando se publica el México... apenas estaban ensayando las técnicas, todavía imperfectas, para imprimir las fotografías en los libros. En este sentido la obra que dirigió Riva tiene un valor comparable -o aun mayor- que las enciclopedias ilustradas del siglo XX; ya antes se había leído historia, pero por primera vez sería vista con verdadera profusión de ilustraciones. El maestro Ernesto Lemoine platicaba en cierta ocasión que un descendiente de una familia acomodada del Porfiriato recordaba que en su niñez había en su casa dos ediciones del México...: una era la que se leía y la otra la que se usaba para recortar retratos y otras imágenes útiles para los trabajos escolares.

Las otras láminas más destacadas, que ocupan toda la página, intercaladas en el volumen son: mapa de la Nueva España, retrato de Hidalgo, parroquia de Dolores, Monte de las Cruces, facsímil de un documento de la Inquisición en su causa contra Hidalgo, retrato de Morelos, facsímil de una carta de Morelos a Rayón, portal de Matamoros en

Morelia, panorama de San Cristóbal Ecatepec, Allende, Matamoros y Mina, retrato de Guerrero, facsímil de una carta de Iturbide, objetos de la época de la independencia y facsímil de las firmas de los principales defensores de la independencia. Como se ve en las ilustraciones se reafirma el santoral cívico, a la vez que se apela a la truculencia -técnica eminentemente narrativa- (batalla de Las Cruces, sitio del fusilamiento de Morelos) para cautivar al observador.

Tomo IV: México independiente. Juan de Dios Arias (1828-1886) y Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1919)

Juan de Dios Arias (1828-1886)

Juan de Dios Arias nació en Puebla en 1828 y Riva, en Los Ceros, lo retrató de este modo:

Juan de Dios Arias merece un artículo, porque como escritor y periodista satírico ha tenido su gran época, en aquellos días terribles en que la prensa, la tribuna y la guerra eran los múltiples terrenos en que libraban terribles combates los partidarios de la Reforma y sus obstinados enemigos, en ese tiempo en que la discordia civil enardecía los ánimos de tal manera, que desde el hogar doméstico hasta el campo de batalla se desconfiaba, se luchaba, se odiaba.

Arias pertenece al partido progresista más avanzado: esta circunstancia por sí sola no constituye un motivo de alabanza, porque todos los partidarios de buena fe son dignos de respeto, cualesquiera que sean sus ideas; el credo político es cuestión de apreciaciones, es una forma de patriotismo, que en último análisis viene a convertirse en la creencia de que por tal camino, mejor que por tal otro, se puede llegar a la felicidad pública, estableciendo el gobierno más adecuado a las tendencias del pueblo, la administración más conforme a las exigencias nacionales, y una política más conveniente a las costumbres y al modo de ser de una sociedad.

Pero Arias no ha sido sólo un partidario constante y atrevido, en cuyo caso no hablaríamos de él, que la política no nos llama la

atención, sino un periodista popular y afortunado, y esto es lo que hace caer en nuestras manos.

Juan Arias se formó solo, y esto sí es un gran mérito.

[...]

Juan Arias desde los trece años de edad necesitó ganar su vida y aprovechar el tiempo del descanso en la instrucción; y notables aptitudes debe poseer cuando ha llegado a distinguirse como periodista y poeta, y aun ocupar una Secretaría de Estado.

Arias redactó un periódico satírico La Pata de Cabra, que tuvo gran popularidad, que, pasados ya muchos años, no faltan quienes recuerden con gusto. Como historiador, su Reseña<sup>54</sup> sobre las campañas del Ejército del Norte, está llena de datos interesantes; y eso que puede decirse que fue escrita a paso de carga: se creyó necesaria la publicación de la obra en un tiempo dado, y no hubo remedio; a llenar pliegos y a dar trabajo a la imprenta.

Juan Arias pertenece ya a los veteranos de la prensa: de compañeros, de sus contemporáneos en el periodismo, la mayor parte han tomado cuarteles de invierno, y él sigue impertérrito escribiendo ya serio ya jocosos, según se le presenta la oportunidad. Durante su vida periodística, ha fundado catorce periódicos, muchos de los cuales han tenido larga existencia, y colaborado en la mayor parte de los que se han escrito en la capital de la República.

En los aciagos días de la Intervención, Arias se vio obligado a permanecer una temporada en México, y escribió en dos periódicos republicanos, La Sombra y la famosa Orquesta. En sus escritos se refleja de la prensa de los tiempos de Pancho Zaragoza, de Joaquín Téllez, de Alcaraz y de las mocedades de don José María Iglesias.

Arias se ha distinguido por su honradez; habiendo ocupado elevados puestos, vive ahora en una humilde medianía. Tiene grandes aptitudes que no ha querido aprovechar: es pintor y músico, sin que de esto haya sacado nunca provecho: es uno de esos hombres que no son de este tiempo; por eso la pasa en la oscuridad.<sup>55</sup>

Nos parece que este retrato vale más que una biografía de diccionario y se le puede complementar con eso que no le interesa a “Cero”, los cargos políticos. Arias fue constituyente del 57 y oficial mayor (¿acaso encargado del despacho?) del Ministerio de

<sup>54</sup> Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del ejército del Norte durante la Intervención Francesa: sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte, Nabor Chávez, México, 1867, 752 p. ils.

<sup>55</sup> VRP, Los Ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promesa, México, 1979, p. 257-259.

Relaciones Exteriores en 1860. Al año siguiente fue redactor del Diario Oficial y tiempo después obtuvo el nombramiento de secretario de la legación en Washington. No rehuyó el combate y alcanzó a ser coronel del ejército del Norte durante la Intervención; durante el sitio de Querétaro se desempeñó como secretario del general Escobedo. Las letras que llevaba dentro las virtió en los periódicos; propiamente sólo tiene un libro, la Reseña, además de los quince capítulos que alcanzó a escribir del México...; también colaboró en Los mexicanos pintados por sí mismos<sup>56</sup>, es suyo uno de los Discursos pronunciados en las exequias del señor general don Venancio Leyva<sup>57</sup> y una Memoria<sup>58</sup> presentada al Congreso.

La impecable trayectoria liberal de Arias, su buen oficio de escritor, capaz aun de escribir “violentamente” (es decir a todo vapor) parecen ser las prendas que le ganaron la invitación a colaborar en el México..., pero sólo alcanzó a escribir quince capítulos de modo que el tomo pertenece casi por entero a don Enrique de Olavarría y Ferrari, quien lo sustituyó en la empresa, no obstante haremos algunos comentarios sobre la introducción de Arias que nos parecen interesantes. El tomo IV cubre el período 1821-1885 sin duda el más anárquico y caótico de la historia de México desde los tiempos de Moctezuma.

Y dice Arias:

Desde que España colonizó en el Nuevo Mundo echó en él los gérmenes de una sociedad nueva también: la mezcla de conquistadores y conquistados forzosamente hubo de producir otra raza igualmente diversa de la española y de la india; engendraronse familias semejantes, pero no iguales a las de la metrópoli, y apareció otro pueblo con

---

<sup>56</sup> Reimpresión de Conductores Mexicanos, México, c. 1989.

<sup>57</sup> N. Chávez, México, 1871.

<sup>58</sup> Memoria que en cumplimiento del precepto constitucional presentó al octavo Congreso de la Unión en el primer período de sus sesiones Juan de Dios Arias, Imprenta del Eco de Ambos Mundos, 1875.

distintas necesidades, otra entidad, en fin, que más tarde o temprano se hallaría dotada de fuerza propia e impulsada necesariamente a reclamar su autonomía.<sup>59</sup>

En seguida Arias ofrece un panorama de la situación europea a principios siglo XIX y los elementos que, como la Revolución Francesa, influyeron en la independencia de América. La Nueva España, con sus siete y medio millones de habitantes, se prometía un porvenir halagüeño cuando estalló la insurgencia. Sus habitantes formaban tres grupos, cada uno con diversos intereses: españoles, criollos e indios. Llama poderosamente nuestra atención la ausencia de los mestizos; esto quiere decir que Arias ubica a los mestizos en el grupo de los criollos:

Los criollos formaban la segunda agrupación: mezcla de indios y de europeos, alcanzaban una educación igual o semejante a la de los españoles, con quienes tenían mayor afinidad por razón de la sangre del idioma, de las creencias religiosas y de las costumbres; pero, con raras excepciones, alejados de los puestos públicos, sin representación importante en el gobierno hasta los últimos tiempos en que la constitución vino a otorgar algunos derechos políticos, la independencia era para los indígenas una certidumbre de mejora y adelanto en todos los ramos del orden civil, y no sin razón creían que, señores de sí mismos, elevados a mayor dignidad, pudieran constituir una nación cuyos cuantiosos elementos, liberalmente explotados, serían otros manantiales de prosperidad.<sup>60</sup>

Nosotros siempre hemos entendido que los criollos eran los españoles americanos, nacidos aquí pero sin mezcla de raza (en apariencia al menos y todo para mantener cierto status), y quienes nosotros creíamos que se llamaban mestizos Arias nos dice que eran los criollos; pero la cosa no para aquí, en el mismo párrafo que inicia con el sujeto “los criollos”, estos devienen - rara magia- “los indígenas”. Pero luego se refiere a los “indios” como un grupo aparte y señala que en conjunto:

---

<sup>59</sup> Juan de Dios Arias y Enrique de Olavarría y Ferrari, México a través de los siglos, Tomo IV. México independiente, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. III. Subrayado nuestro.

<sup>60</sup> Ibid., t. IV, p. V. Subrayado Nuestro.

Elementos sociales, bien heterogéneos por cierto, eran los que transitoriamente se amasaban con un objeto único, independerse de España; pero como las tendencias de agrupación en el fondo eran divergentes, la grande obra de la independencia tenía muy en breve que resentirse de tan opuestas aspiraciones.<sup>61</sup>

Esta caracterización sociorracial confusa la encontramos hace tiempo en una novela de Riva titulada Martín Garatuza, en la que juega gran papel cierta revuelta de los “criollos” y repetiremos lo que dijimos entonces:

La historia de la conspiración de los criollos es sumamente interesante. En primer lugar es curioso que el autor se refiera a los “criollos” significando todos los nacidos en el país (como se usa el vocablo para decir, por ejemplo, aguacate criollo) y no en su estricta acepción racial novohispana; de ahí que a los descendientes de Cuauhtémoc, mestizos, en todo momento el autor los llama criollos. Así, criollo viene a ser un gentilicio de muy amplia acepción, equivalente al término “americanos” del XVIII y de las proclamas de Hidalgo. El sentido que tiene el uso de esta terminología es aumentar el número de los posibles alzados (al agregar los mestizos con los criollos) pero, sobre todo, busca romper todas las limitaciones jurídicas y sociales que por cuestiones de pureza de sangre pesaban particularmente sobre los mestizos, asunto éste que no podía ignorar un conocedor de la Inquisición como lo era Riva Palacio.<sup>62</sup>

Las clasificaciones sociorraciales que son tan nítidas en Humboldt son confusas en los autores del México... y cabe preguntarse: ¿Había cambiado el nombre de los grupos étnicos durante el siglo XIX? Y también: ¿El uso que hacen Riva y sus colegas

---

<sup>61</sup> Ibid.

<sup>62</sup> José Ortiz Monasterio, Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio, Universidad Iberoamericana / Instituto Mora, México, 1993, p. 242. Recordemos las palabras de Humboldt: “Entre los habitantes de raza pura ocuparían el segundo lugar los blancos, si no se hubiere de atender sino al número de ellos, Divídense en blancos nacidos en Europa y en descendientes de europeos nacidos en las colonias españolas de la América o en las islas asiáticas. A los primeros se da el nombre de chapetones o de gachupines, a los segundos, el de criollos.” (...) “Al hijo de un blanco, sea criollo o europeo, y de una indígena de color bronceado, se le llama mestizo... los mestizos componen probablemente 7/8 de la totalidad de las castas”. Véase Alejandro de Humboldt, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España (estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina), Editorial Porrúa, México, 1996 (Sepan Cuantos, 39),

era peculiar suyo o de uso generalizado? Responder a estas interrogantes merecería un amplio estudio pero queda claro que los autores del México... tienen una clasificación de las razas distinta a la de autoridades como Humboldt y, de cualquier modo, su definición entró en el circuito del discurso historiográfico y no en un rincón, sino en una obra central como lo es el México... Nos parece que detrás de este tratamiento laxo de las clasificaciones étnicas y sociales está el afán de inventar un pueblo, una unidad básica que a falta de mejor término se identifica con los “criollos” (en sentido amplísimo) pero que sólo puede plantearse como una abstracción, pues en el momento que se intente darle una realidad concreta, histórica y social, surgen las peculiaridades propias de cada estamento, por no hablar de las diferencias del México central y del sur, el México indio, del México del norte que en el tomo IV es escenario de la guerra contra otro tipo de indios: los apaches, los “bárbaros”.<sup>63</sup> Por ello Arias reconoce -por más que quiera hacer a un pueblo el personaje de su historia, como ya hemos citado, el grave problema de la heterogeneidad social y abunda en ello:

A esas disidencias agregábanse las inclinaciones republicanas de unos, de otros un odio hasta irracional a lo antiguo, y las legítimas ambiciones que nacían y prematuramente se desembozaban frente a una situación de dudosa consistencia, hacían esa multitud de fuerzas antagonistas que han agitado a la nación, causándola sacudimientos y convulsiones, que a veces la hacían aparecer como retrocediendo a la barbarie a veces como próxima a su disolución.<sup>64</sup>

Y una de las más graves consecuencias de la descomposición política y social que siguió a la independencia fue una larga crisis de hegemonía, es decir que ningún

---

<sup>63</sup> Como señala R. Williams nombrar es apropiarse, apoderarse del objeto de estudio, lo cual equivale a su domesticación. Apunte erudito de Jane-Dale Lloyd.

<sup>64</sup> Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. VI

grupo lograba imperar: era posible derrocar a un gobierno y establecer otro en su lugar, pero era imposible hacerlo duradero pues no tardaba en ser a su vez derrocado:

A tan desordenados materiales seguiríase la equivalencia de los partidos, que sin ser uno de ellos bastante robusto para sobreponerse a los demás, en irregulares alternativas ocuparían el gobierno y mutuamente se oprimirían hasta que la fuerza militar, dispuesta a la sedición, levantase a los vencidos, estableciendo así la evolución más estrecha dentro de un círculo vicioso, que a la fecha que escribimos no se ha podido ensanchar ni romper.<sup>65</sup>

Y la fecha en que escribe Arias es la del segundo período de Porfirio Díaz, quien llegó al poder derrocando al gobierno legal con un levantamiento militar. Arias se muestra aquí valiente.

Otro pecado de principios del siglo XIX, que Arias no deja de mencionar, es el parricidio cometido contra los libertadores: Iturbide y Guerrero, padres fundadores de la nacionalidad, quienes terminan su vida en el paredón del fusilamiento, en medio del remolino del fanatismo partidista. Los agiotistas también aparecen en escena, otra terrible lacra de la época. Arias, impedido por la contingencia de la muerte, no logró su intento de entrar:

Cuidadosamente en el campo de las investigaciones para descubrir el verdadero origen de los acontecimientos: así llegaremos con todo posible acierto a existimar [formar un juicio cierto] de las personas y de las cosas en ese dilatado período de calamidades a que ha servido de escenario la vasta extensión de la República. En él la fatigada vista puede apenas seguir el tropel de los sucesos, bajo la oscuridad de una tormenta continua.<sup>66</sup>

Además este autor hace ver al lector una dificultad adicional: “la circunstancia de tocarse sucesos casi contemporáneos hace más delicada y espinosa la posición del

---

<sup>65</sup> *Ibid.*, t. IV, p. VI.

<sup>66</sup> *Ibid.*, t. IV, p. VIII.

escritor”.<sup>67</sup> Pero Arias sólo alcanzaría a narrar, siguiendo el estricto plan cronológico de la obra, el período 1821-1828. Cierra la introducción una anotación que mitiga en algo la esterilidad de la primera mitad del siglo XIX:

Sí, en ese fondo en el que tantas aberraciones producen confusión y sombras, aparecen puntos luminosos y consoladores. Las mismas convulsiones han lanzado de la oscuridad notables figuras de hombres dotados de cualidades superiores, que si no imprimieron carácter a la sociedad a tiempo en que brillaron [sic] y ejercieron legítima influencia, concibieron para ella ideas generadoras, dieron más acertado giro a las revoluciones y trabajaron por la difusión de las luces, comprendiendo mejor que otros cuánto la ilustración de los pueblos abrevia y facilita el camino para llegar a los dominios de la libertad y de la paz.<sup>68</sup>

Esta mención de las “ideas generadoras”, de la “difusión de las luces” y de “la ilustración de los pueblos” apunta, en nuestra opinión, al reverso de la historia de la guerra, es decir a la historia de la civilización. Arias no entrará plenamente en este ámbito, siendo la suya una historia eminentemente política y militar, pero demuestra fina sensibilidad al nombrar aspectos más leves de la historia que, no por ser menos estruendosos y mortíferos que la metralla, dejan de jugar un papel interesante.

En los capítulos que pudo escribir Arias por lo general narra un período determinado, expone los principales acontecimientos y, al final de cada capítulo, ofrece unas breves reflexiones. Lo político es lo predominante, pero el préstamo obtenido de la casa Barclay de Inglaterra se sigue desde sus inicios hasta su lamentable desenlace; otro punto que atiende Arias con esmero son las leyes de imprenta de los diversos gobiernos, y lo caótico también: la revuelta de los mayas en Yucatán, el bandidaje por todas partes y como remate el agio, al cual los gobiernos entregan su crédito con muy graves consecuencias. Es claro que esta etapa violenta sólo adquiere sentido desde el presente en

---

<sup>67</sup> Ibid.

<sup>68</sup> Ibid.

que escribe Arias; todos los elementos desintegradores de la sociedad pretérita contrastan, como un negativo, con el gobierno imperfecto pero estable, con crédito y comunicaciones modernas, de Porfirio Díaz: el Calvario sirve para resaltar el Tabor.

#### Enrique de Olavarría y Ferrari (1844-1919)

La muerte del coronel Juan de Dios Arias presentó un serio problema para los editores del México..., era preciso conseguir un sustituto y de inmediato pues la obra se publicaba por entregas, al ritmo más rápido de que eran capaces de escribir los autores. La elección recayó sobre Olavarría y Ferrari, nativo de España, quien vino a enriquecer el proyecto con su formación europea, con un punto de vista que pudiera calificarse como diferente, pero creemos que nadie se atrevería a decir que don Enrique es ajeno a México después de leer estas palabras suyas:

este país que me es tres veces santo y tres veces querido, por ser el de mi elección, por haberse mecido en él las cunas de mi esposa y mis hijos, y porque de su tierra bendita, penetrada de mis lágrimas, forma parte el polvo a que implacable y prematura muerte redujo las tiernas y deleitosas figuras de mis dos únicos hijos varones.<sup>69</sup>

Olavarría nació en Madrid el mismo año que don Julio Zárate, el de 1844, el 13 de julio. Llega a México durante el Imperio de Maximiliano, en 1865, y trae como recomendaciones su diploma de bachiller en Artes y su título de licenciado en Derecho. Álvaro Matute se pregunta si vino a México por cuestiones de trabajo, pues era empleado de la casa del Banco de España,<sup>70</sup> pero aclara que su verdadera vocación eran las letras,

<sup>69</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, Reseña histórica del teatro en México (prólogo de Salvador Novo), Editorial Porrúa, México, 1961, t. I, p. XV.

<sup>70</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, Episodios históricos mexicanos (prólogo de Álvaro Matute), Instituto Cultural Helénico / Fondo de Cultura Económica, 1987, t. I, p. VI-VII. Seguimos, para la reseña biográfica de Olavarría, este prólogo de Álvaro Matute.

según testimonio de Anselmo de la Portilla y Juan de Dios Peza. Olavarría se adaptó bien al ambiente mexicano y en 1869 fue colaborador de El Renacimiento, la célebre revista de Altamirano. Además publicó buen número de artículos en otros diarios: El Siglo Diecinueve, El Constitucional, La Iberia, El Globo, El Correo de México, La Revista Universal, El Federalista y La Niñez Ilustrada. Fue director de la última publicación mencionada y fundador de las dos anteriores.

Se casó con la mexicana Matilde Landázuri y de 1874 a 1876 residió en diversas ciudades europeas, sin dejar de escribir pues se encargó de que en España se publicaran dos obras suyas de tema mexicano: El arte literario en México<sup>71</sup> y Poesías líricas mexicanas<sup>72</sup>. Regresó a México a finales de 1878 y aquí pasó el resto de su vida; en momentos Riva era ministro de Fomento y Olavarría consideró útil obtener algunas recomendaciones dirigidas a él a pesar de que ya se conocían; la del general Ramón Corona, entonces embajador en España, es impresionante por los muy elogiosos términos en que se refiere a Olavarría. La recomendación de Juan de Dios Peza, ahijado de Riva, es más familiar:

Con esta carta envío a usted un abrazo con nuestro común y buen amigo don Enrique de Olavarría y Ferrari, que vuelve a México después de haber publicado dos obras que han dado a conocer en España nuestros adelantos literarios... me atrevo a suplicar a usted que si puede ayudarle que tenga éxito en un negocio de que le hablaré...<sup>73</sup>

“Desempeña las cátedras de literatura en el Conservatorio de Música: geografía, historia universal, historia de México y declamación en la Escuela de Artes y

<sup>71</sup> El arte literario en México. Noticias biográficas y críticas de sus más notables escritores, Imprenta de la revista Andalucía, Málaga, 1877. Hay una segunda edición de Espinosa y Bautista, editores, Madrid, 1878.

<sup>72</sup> 1878; hay una segunda edición madrileña de 1882.

<sup>73</sup> Utx-A, ABRP, carta de Juan de Dios Peza a VRP, Madrid, noviembre 17 de 1878, fólter 203.9, doc. 211.

Oficios para señoritas; y de aritmética y álgebra en la Escuela Normal Municipal”.<sup>74</sup> Continúa colaborando en diversos periódicos Y, a partir de 1880, inicia la publicación de los 18 volúmenes de Episodios históricos mexicanos que son versiones noveladas del siglo XIX mexicano. Fue administrador del Colegio de las Vizcaínas y escribió una historia del mismo. Por recomendación de Riva<sup>75</sup> representó a España en el Congreso Americanista celebrado en México en 1895 y también escribió una crónica del mismo.<sup>76</sup> Fue además diputado de 1898 a 1908 y al respecto nos dice don Álvaro Matute, con su personal estilo:

Obviamente nacionalizado, don Porfirio -otro liberal conciliador- le otorgó una diputación, acaso por distritos que jamás conoció, y que era una especie de beca para escritores, a falta de instituciones ad hoc y también para llenar la Cámara con uno que otro ilustrado que le evitara a Alfredo Chavero ser el redactor de todo cuanto se escribiera.<sup>77</sup>

Es preciso mencionar otra obra muy importante de Olavarría: su Reseña histórica del teatro en México, que se publicó originalmente como folletín de El Nacional entre 1880 y 1884; la segunda edición fue de la Imprenta, Encuadernadora y Papelería La Europea, México, 1895, 4 vols.<sup>78</sup> Don Enrique murió en 1919.

Como hemos dicho Olavarría y Ferrari vino a sustituir a Arias, quien falleció. Al final de este tomo cuarto “Los editores”, es decir Ballescá, insertaron una advertencia honrosa para Olavarría, que debe copiarse íntegra:

---

<sup>74</sup> Enrique Cárdenas de la Peña, Mil personajes en el México del siglo XIX, Banco Mexicano Somex, México, 1979, t. II, p. 649

<sup>75</sup> Utx-A, ABR, carta de Enrique de Olavarría y Ferrari a VRP, México, octubre 9 de 1895, fólter 197, doc. 317. Olavarría en ésta agradece la recomendación.

<sup>76</sup> Crónica del undécimo Congreso Internacional de Americanistas: primero reunido en México en octubre de 1895, Imprenta [sic], México, 1896.

<sup>77</sup> Olavarría y Ferrari, Episodios históricos mexicanos (prólogo de Álvaro Matute), t. I. p. VII. Véanse en este mismo prólogo otras obras escritas por Olavarría.

<sup>78</sup> Véase Diccionario de escritores mexicanos, Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967, p. 261.

Entre el inmenso número de dificultades que ha ofrecido la publicación de esta obra, ha sido una de las más sensibles el fallecimiento del señor don Juan de Dios Arias cuando apenas se había dado principio a la publicación del tomo IV, que tenía a su cargo. Acudimos al señor don Enrique de Olavarría y Ferrari, como la persona más indicada para llevar a cabo tan importante como difícil trabajo, y si bien hallamos al principio alguna resistencia de su parte, por el infundado temor que abrigaba de no poder dar cima en tan corto plazo y sin previa preparación a una empresa de tamaña importancia, al fin accedió a nuestros ruegos, emprendiendo y terminando con actividad y una inteligencia superiores a todo encomio la obra que el público ha tenido ya ocasión de juzgar. Creemos que las personas ilustradas agradecerán al señor Olavarría, como muy sinceramente se lo agradecemos nosotros, el servicio que ha prestado a la historia patria mexicana, llevando a cabo un trabajo cuyo mérito contrasta con la modestia de su autor.<sup>79</sup>

En la misma página Olavarría anota como “Conclusión” que Arias cuando apenas había terminado el capítulo XV del libro primero y añade: “desde página 198 inclusive, mío es por entero este libro, el más difícil e improvisado de cuantos he producido”.<sup>80</sup> Lo curioso es que en dicha página inicia el capítulo XVII que es una recapitulación de los años anteriores con la cual decidió comenzar Olavarría; así las cosas el capítulo XVI sólo puede ser atribuido al duende de la imprenta. Ballezá confirma nuestro aserto:

Algunos días antes de que falleciese nuestro pobre amigo don Juan [de Dios Arias] empezó a escribir Enrique [de Olavarría y Ferrari] con mucho miedo pero con buenos deseos de salir bien de su empresa: su primer capítulo es el XVII; le suplico a usted lo lea tan pronto como esté impreso y me dé su opinión, que creo será favorable. Ha querido Enrique antes de seguir adelante presentar bien coordinados en un capítulo todos los acontecimientos anteriormente referidos de manera desordenada y sin un plan fijo. Creo que ha conseguido su objeto y que nadie podrá quejarse cuando al terminar la obra se haga público el cambio de autor. Por lo demás he pasado y sigo pasando

---

<sup>79</sup> Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. 860.

<sup>80</sup> Ibid.

muchas penas por la falta de originales debida especialmente primero a la demora de don Juan y después a su larga enfermedad.<sup>81</sup>

Algunos meses después el propio Olavarría le escribió a Riva, en un tono cortés y casi cortesano, y resuelve el misterio del capítulo XVI:

Realmente no sé cómo entendérmelas con la historia que por recomendación de usted me encomendó el amigo Ballescá, pues aunque creo conocer efectivamente los sucesos de México, no es lo mismo verterlos en narraciones de forma novelesca que en una obra de los tamaños de la concebida y realizada por usted y Ballescá. Continúo escribiéndola hoy con el mismo miedo horrible con que la empecé, y sólo me anima el ver que hasta la fecha usted no ha desaprobado lo que ha visto la luz, pues supongo que al menos los primeros capítulos, del XVI inclusive en adelante obra mía, habrán sido recorridos, aunque no haya sido más que por encima, por usted como me lo ofreció y yo se lo supliqué. Para inspirarme en el estilo histórico y en especial en el de la obra tal como usted la ideó, todos los días antes de ponerme a escribir leo un par de columnas del segundo tomo, y me sucede muchas veces que, como se dice, se me caen las alas del corazón al conocerme incapaz de imitar siquiera aquella soltura y facilidad de estilo que a usted distingue. Me animo, no obstante, a proseguir, en el deseo de que no se pierdan los datos abundantísimos que existen para escribir esta parte de la historia, y no poco trabajo me está dando reducirme a los estrechos límites prescritos, cuando tanto y tanto bueno poseo en materiales que nadie se había tomado el trabajo de buscar y muchos creían perdidos. No deje usted, mi buen amigo, de señalarme a tiempo las faltas en que haya yo incurrido y puedan y deban rectificarse antes de concluir el tomo.<sup>82</sup>

#### Estructura de la obra

El tomo IV del México... consta de sólo dos libros o secciones: la primera inicia en 1821 con la consumación de la independencia y termina en 1835, con la aprobación de las Bases Constitucionales con las que cesa el sistema federal; la segunda inicia con los

<sup>81</sup> Santiago Ballescá, "Cartas del editor de México a través de los siglos", México, octubre 14 de 1886, p. 139-140.

<sup>82</sup> Utx-A, ABR, carta de Enrique de Olavarría y Ferrari a VRP, México, abril 20 de 1887, fólder 189, doc. 297. Subrayado nuestro.

conflictos de Texas y culmina con el triunfo de la Revolución de Ayutla, a raíz del cual Santa Anna sale del país.

La parte que escribió Olavarría (capítulo XVI en adelante) toca los innumerables pronunciamientos y levantamientos que asolaron el país durante varias décadas. El ascenso de los caudillos, su precipitada caída, el oportunismo de Santa Anna que prefería residir en su hacienda de Manga de Clavo, los conflictos con otras naciones, las penurias financieras y los ires y venires de la libertad de imprenta, todo ello y más da a Olavarría mucha materia para narrar una historia episódica, de acontecimientos, de peripecias. La trama está siempre en movimiento, como en una novela de folletín, sumando a complicación otra complicación y los personajes entran y salen de la escena representando papeles patéticos, cómicos o trágicos y sólo por excepción sublimes. También en este tomo se sigue un plan estrictamente cronológico (que por cierto facilita su consulta) donde lo político es lo fundamental pero el mal estado de la hacienda pública se manifiesta constantemente, a veces con medidas extremas como el impuesto a puertas y ventanas. Una breve cita del índice mostrará como el autor hilvana los sucesos:

Capítulo VIII.- 1822-1823. Apreciaciones sobre el Plan de Iguala y Tratados de Córdoba.- El sargento Pío Marcha resuelve la cuestión de independencia.- Los hombres de Estado españoles.- Iturbide, proclamado emperador, hace una exhortación al pueblo.- Reunión del Congreso.- Medidas para aquietar el tumulto.- Exposición de los militares al Congreso.- Resistencias y proposiciones de algunos diputados.- Escena de confusión en el Congreso.- Resistencias y proposiciones de algunos diputados.- Iniciativa de Gómez Farías y de 46 diputados más.- Elección en favor de Iturbide.- Juramento prestado por el emperador.- General aprobación del nombramiento de Iturbide.- Preparativos para la coronación.- Declárase hereditaria la monarquía.- [Etcétera]<sup>83</sup>

---

<sup>83</sup> Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. 862.

En este tomo también está muy presente el que bien puede considerarse como el autor involuntario, el séptimo autor, de México a través de los siglos que por supuesto no otro que Lucas Alamán. Olavarría, por dar un ejemplo, en nota al pie señala que relata de otro modo ciertos sucesos, luego asegura que “no es así” y añade en su abono documentos y argumentos.<sup>84</sup> No se puede aquilatar debidamente la utilidad enorme que tuvo Alamán para el México... pues sirvió, como dicen en los teatros, a manera de “Patiño”. Poco importa que don Lucas casi siempre lleve la peor parte, desde su desventajosa posición de cadáver y monarquista, lo que más cuenta es que rompe la monotonía de la voz narrativa del autor y se entabla un diálogo, si se quiere prefabricado, que permite dar mayor colorido, mayor contraste al discurso de la historia. Y, como ya hemos señalado, el México..., sin quererlo, es el mayor divulgador de las ideas de Alamán.

Como veremos más adelante Olavarría utiliza una rica documentación y practica la sana costumbre de citar los documentos originales, a veces in extenso; pero no se excede y si interrumpe el texto para insertar citas éstas son siempre pertinentes. No se percibe en su español extranjero, escribe con el español de México y hay en su estilo cierta modestia, en el sentido que impide que su voz luzca más que la propia historia que narra. Olavarría es excelente retratista porque no exagera, no hace caricatura, y su estilo sobrio le basta para transmitir al lector una gama de efectos. Su retórica es la de la sobriedad, no conoce el aspaviento ni el tono declamatorio; es un escapista, pretende que no está ahí narrando y dando forma a cada párrafo; su monotonía sirve de balance a una época plena de peripecias. Reflexiona narrando y no al revés, sólo con dificultad puede hallarse un pensamiento suyo y si hay reflexión teórica es involuntaria. En cierto modo el

---

<sup>84</sup> Ibid., t. IV, p. 225.

tomo IV semeja una novela, no por los elementos de ficción, sino porque la narración lo es todo; un novelista no se detiene a reflexionar sobre la teoría literaria, simplemente narra y puede aportar mucho a la teoría pero en forma empírica, es decir narrando. En cambio utiliza el recurso de concluir un capítulo con una narración del primer aniversario de la batalla de Churubusco y con mínimos, elegantes, recursos alcanza lo patético y delata su poco amor por los norteamericanos, como comentará Sierra más adelante:

BIBLIOTECA VIRTUAL

El 20 de agosto se celebró en México el primer aniversario de la acción de Churubusco. Desde la tarde de la víspera, el batallón “Independencia” marchó a aquel punto y se alojó en el convento de Diego.<sup>85</sup> En las primeras horas del día se procedió a la exhumación del cadáver de don Francisco Peñúñuri, que se encontró casi en esqueleto, pues no conservaba intactos más que el pie y la mano del lado en que recibió, en el costado, una de las tres heridas que le dieron muerte. En aquel acto solemne todos los asistentes hicieron votos por el descanso del espíritu del mártir de la más noble de las causas. Casi toda la población de la capital se trasladó allí. Churubusco presentaba aún el mismo aspecto que en 1847, en los momentos de concluir la acción: en las débiles fortificaciones, en las paredes de la iglesia y del convento, en las humildes casuchas de adobe se notaban aún los estragos del sostenido fuego de artillería y fusilería del enemigo; de trecho en trecho se divisaban los esqueletos de los caballos matados en el combate, sin que faltaran tampoco algunas calaveras y huesos de los hombres que allí sucumbieron. No se podía volver los ojos a parte alguna sin encontrar un lugar memorable por algún hecho importante: el recinto en que se hizo la defensa fue tan reducido, que era preciso que así sucediese. Los oficiales y soldados del “Independencia” con la voz trémula, los ojos llorosos, repetían los sucesos más interesantes, señalaban los puntos donde fue más sostenido el ataque, enseñaban el árbol a cuyo pie recibió Peñúñuri la herida mortal; el lugar del camino en que cayó Martínez de Castro; la celda número 12 en que estuvo agonizando, y los oyentes, con la atención fija en las palabras del narrador, se entristecían al recordar el resultado poco feliz de tantos sacrificios. El gobernador del Distrito, el comandante general, el coronel del “Independencia” y otros jefes y oficiales de cuerpo, asistieron a la misa que se celebró: la compañía de granaderos hizo dos descargas: el ataúd con los restos de Peñúñuri fue colocado en un carro cubierto: subieron en otros los heridos y mutilados del batallón, que

---

<sup>85</sup> El convento de Churubusco fue erigido por los franciscanos en 1524, pero desde 1580 lo ocuparon los dieguinos (de ahí proviene el nombre que le da Olavarría); hoy se conoce como convento de Santa María de los Ángeles.

habían querido también volver a los sitios regados con su sangre, y al ir a ponerse en camino ocurrió un episodio inesperado que fue uno de los actos más patéticos del día. El regimiento 3o. de línea, mandado por don Miguel Echeagaray, iba en marcha para Tlalpan, adonde se dirigía por orden del gobierno. Aquel digno jefe, por un sentimiento de patriotismo, no quiso tomar el camino derecho que del puente de Churubusco va para San Antonio, sino que resolvió pasar por donde estaba el “Independencia”, y mandó se le avisase que deseaba hacer honores a aquel cuerpo de guardia nacional, éste, poniéndose, agradecido, sobre las armas, se tendió en la calzada de frente de la iglesia, que sale para el camino de Coyoacán. El 3o. de línea se presentó a poco rato; desfiló con las armas a la funerala, tocando la banda a sordina; el batallón “independencia”, que estaba con las armas al hombro, las echó a la funerala también en el momento de pasar el regimiento de Echeagaray, que anduvo un corto trecho por el camino de Coyoacán, hizo varias descargas por compañías y volvió a transitar por Churubusco, para dirigirse al lugar de su destino. Al verificarse esto, reinaba un silencio solemne, y más de una lágrima rodó por las mejillas de los concurrentes.<sup>86</sup>

No para aquí el relato de Olavarría sino que continúa hasta el regreso de los concurrentes a México. Llama la atención que el sobrio estilo del autor busca emocionar a través del patetismo y de veras que sabe manejar muy bien su retórica. El sentimiento patriótico, la defensa de lo propio, es perfectamente legítimo y especialmente en relación a aquella época y a la guerra con los Estados Unidos. Sin embargo no se debe perder de vista que también entran en juego mecanismos retóricos que permiten sacar mayor provecho de los acontecimientos. De este modo el combate de Chapultepec bien pudiera, desde el punto de vista norteamericano, narrarse de un modo patético con los detalles de inclinación del cerro, la falta de puntos de resguardo y los oficiales con su revólver Colt listo para disparar a quien diera marcha atrás. (Por cierto, de los Niños Héros de Chapultepec, Olavarría menciona su prematura muerte y su patriotismo, pero sin vuelos en alas de bandera). La fibra patética -es importante tenerlo en cuenta- es engañosa, de modo que viejas películas inglesas nos venden a los buenos y civilizados blancos en la

---

<sup>86</sup> Arias y Olavarría, México a través de los siglos, loc. Cit., t. IV, p. 715.

India, enfrentando a los crueles y salvajes nativos. Igualmente Hitler aprovechó el cine para su propaganda y las imágenes -perdónenme si ofendo a alguien- son estupendas -especialmente las de Leni Riefensthal- y constituyen un modelo de narración cinematográfica, por más terroríficos que sean los fines de sus patronos nazis.

Ni siquiera al final (el autor detesta “el gran final”) pierde Olavarría la compostura pero sí celebra el fin de la tiranía:

BIBLIOTECA VIRTUAL

Con esta fuga [la del dictador], el triunfo de la revolución iniciada el 10 de marzo de 1854 en Ayutla contra la dictadura del general don Antonio López de Santa Anna quedaba virtualmente consumado, y cumplido el primer objeto de aquel plan, que era derrocar la tiranía: el segundo, el de convocar a la nación para que se constituyera conforme a su voluntad, quedaba aún por conseguir; pero quienes tanta entereza y valor habían demostrado en las batallas no dejarían de completar su conquista con el triunfo definitivo de la libertad, cuya luz apuntaba esplendorosa en la brecha que acababa de abrirse en la muralla de abuso y de opresión que hasta entonces habíanla interceptado.<sup>87</sup>

El triunfo grande del plan de Ayutla, significado no en sí mismo sino en los sucesos que desencadenó (otra vez el “futuro del pasado” de Danto) permiten que el tomo IV del México... culmine con una victoria para los liberales y sobre todo con una esperanza de mejoría que no sería completa, que tardaría en llegar, pero que daría lugar a un Estado perdurable que, por más defectos que se le quieran ver, era más favorable para los catrines y también para la gente humilde, que la anarquía de los años 1841 o 1842, por decir algo.

Un aspecto en que la obra de Olavarría puede ser especialmente útil es para conocer las leyes de imprenta de la época, cuyas modificaciones ya a favor o en contra de la libertad, registra acucioso el historiador. Y no debe sorprender que no mencione a la Academia de Letrán ni otros tantos acontecimientos literarios y culturales en general; es,

---

<sup>87</sup> Ibid., t. IV, p. 859.

cierto que Olavarría fue también historiador de la literatura (y cronista de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística) pero prácticamente nada de eso entra en el México... Nuevamente comprobamos que ésta es una historia-batalla, plena de sucesos políticos y militares en donde casi sólo la economía logra entrar, a fuerza de ser tan pésimo el estado de las finanzas, el “desbarajuste hacendario”, según palabras de Olavarría. Por ello el estudioso de la hacienda pública puede aprovechar mucha información de este libro.

### Fuentes

En cuanto a la heurística Olavarría tiene la ventaja de que, a partir de la independencia, el número de imprentas y de impresos de todo tipo crece de manera notabilísima, lo cual brinda al historiador multitud de fuentes y de acceso más fácil. Cumple el autor hispanomexicano con el requisito, ya de rigor en esta época, de manejar un aparato crítico que acompaña al discurso. Sin embargo no tiene un carácter muy sistemático y esto conduce a confusiones pues, a veces, es imposible saber si el autor hace referencia a un documento original o a una versión publicada de éste. Por ello en nuestra acostumbrada estadística hemos reunido todas las fuentes primarias - publicadas o no- pues es precisamente este carácter la que las distingue, en lo fundamental, y no la circunstancia de haber alcanzado los honores de la imprenta. Olavarría trabajó en los archivos, especialmente en el Archivo General de la Nación (17 citas) y algo en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1). Además cita 25 decretos y 4 veces alude a lo que hoy conocemos como la “Colección Lafragua” de la Biblioteca Nacional; cita 3 veces el Plan de Ayutla, un “Manifiesto” de Gómez Pedraza de 1831 y la

Colección eclesiástica mexicana publicada por Galván; 2 veces cada uno se citan diversos manifiestos, pronunciamientos, discursos presidenciales y colecciones documentales como las de Valdés, Arrillaga y Dublán-Lozano para sumar un total de 20 citaciones; por último, en 1 sola ocasión cita toda una gama de actas, planes, leyes, oficios, tratados y otros documentos de la época, que suman en total 65 citaciones; la suma de todo anterior sería 141 citaciones de fuentes primarias. Pero a esto hay que agregar las publicaciones periódicas que Olavarría consultó con cierta abundancia: las Actas del Congreso 30 citaciones; La Gaceta (con sus diferentes denominaciones) 16 veces: el Diario Oficial 5, El Noticioso 3, en dos ocasiones cita cada uno de los siguientes: El Registro Oficial, el Boletín de Veracruz, el Diario del Gobierno y El Monito Republicano; una sola vez aludirá a El Telégrafo, el Journal de Débats y El Demócrata;<sup>88</sup> todo lo cual suma 65 citaciones y, añadido a la suma anterior, resulta un total de 206 menciones o citas de fuentes primarias.

Se apoya en otros historiadores mucho menos que Zárate en el tomo sobre la guerra de independencia. Alamán sigue siendo el historiador más citado -20 citaciones- pero comparativamente es muy grande la diferencia; los Recuerdos de la invasión norteamericana de Roa Bárcena se citan 15 veces; la Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana desde el año de 1821 hasta nuestros días de Tomel 10 veces; Carlos María de Bustamante, diversas obras, 6 veces; La invasión norteamericana de Balbotín 5 veces; el Ensayo histórico de las revoluciones de México 4 veces, lo mismo que la Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna de don Anselmo de la Portilla; 3 veces se citan cada uno, las

---

<sup>88</sup> A propósito de periódicos, Olavarría proporciona una lista de los existentes en la República en 1840; sumaban en total 36, de los cuales 16 se publicaban en la capital y sólo 2 eran diarios. Véase ibid., t. IV, p. 450.

Biografías de mexicanos distinguidos de Sosa, Los gobernantes de México de Rivera Cambas, ciertos vagos “apuntes” de Palafox y una difusa “memoria” de Medina; por 2 se citan respectivamente tal Relación histórica formada por la Asamblea de Querétaro, el “diario” del doctor Yuramí, que en paz descanse, el Bosquejo de la revolución de México de Rocafuerte y el México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia de Payno; en 1 ocasión cita a Gallo, a Otero, a De Paula y Arrangoiz y a Altamirano. En suma, Olavarría se apoya en otros historiadores en 88 ocasiones.

Para terminar diremos que es poco lo que recurre Olavarría a obras generales: 5 veces al Diccionario universal de historia y geografía de Lafragua y 2 veces al Diccionario de geografía y estadística, para sumar 7 citaciones.

En resumen podemos decir que Olavarría privilegia de manera muy acusada las fuentes primarias (incluyendo periódicos), que cita en 206 ocasiones, sobre las citaciones otros historiadores que son sólo 88; muy poco alude a obras generales, sólo en 7 ocasiones. El total de citaciones es de 301.

Cabe aclarar que las cifras mencionadas arriba buscan detectar tendencias generales. Es obvio que Olavarría consultó diversas fuentes en muchas ocasiones más de lo que las cita; además en esta obra influyen muchos otros libros que no cita, por ejemplo los textos donde él aprendió historia de España. Insistimos que el siglo XIX produce un nuevo tipo de documentación, como son los periódicos y el gran cúmulo de folletería, que resultan de gran utilidad al historiador. Por otro lado la época que estudia Olavarría, o al menos parte de ella, ha levantado menos polémica que la guerra de independencia; y así

lo expresa el propio autor al referirse a la etapa posterior a la guerra con los Estados Unidos:

En esta última parte de nuestros trabajos vamos a ser no tan minuciosos como en los precedentes, que importaba restituir a la verdad histórica, malamente desfigurada por aquellos que, al relatar los anales del partido conservador, procuraron exculparles de las faltas, crímenes y responsabilidades que le tocan: fijadas, como creemos haberlo hecho, las causas, sólo queda el enumerar sus consecuencias.<sup>89</sup>

Por si hubiera alguna duda el autor hace explícito en el párrafo anterior asume el papel del historiador, comprometido con la “verdad histórica”, situación considerablemente distinta a la que tuvo como novelista en sus Episodios históricos mexicanos. También se refiere a una conexión causal de los sucesos, siguiendo una antigua tradición que llega al menos hasta John Locke y David Hume, que refuerza la presunta objetividad de la historia conforme a un criterio lógico.

En el manejo de las fuentes Olavarría asume la responsabilidad de “restituir a la verdad” - su verdad naturalmente, de rectificar la versión de los conservadores de la historia nacional y es en este sentido que menciona con frecuencia a Alamán, es decir que cita a sus adversarios para corregirlos. Y este liberal español y mexicano tiene a su favor, no tanto nuevas fuentes documentales antes desconocidas, sino la victoria del partido liberal en 1867, que le da la clave del desenlace de la historia; Lucas Alamán podrá ser todo lo inteligente que se quiera y nosotros somos los primeros en admirar sus escritos, pero la solución que él proponía para México -el sistema monárquico- no resultó viable. En vista de los hechos, no le cuesta gran trabajo a Olavarría enumerar todos los motivos -reales o supuestos- que hacían indefectible el triunfo liberal. La victoria en la guerra de Reforma y contra la Intervención Francesa no eran bastante; faltaba cautivar las

---

<sup>89</sup> Ibid., t. IV, p. 699.

conciencias de aquella sociedad archicatólica y establecer la “historia verdadera” de la nación, lo cual nos recuerda aquella frase de Siqueiros: “no hay más ruta que la nuestra”, que estamos convencidos que Olavarría era hombre mucho más sensato que el célebre pintor.

Lecturas del tomo de Arias y Olavarría

En su crítica del México... Justo Sierra hace una confesión:

BIBLIOTECA VIRTUAL

El período que baja de la consumación de la independencia al triunfo de la revolución de Ayutla está muy bien narrado en el cuarto volumen. Al que esto escribe hizo el favor de pedirle el señor Riva Palacio, director general de la obra, la redacción de esta parte; la tarea nos pareció abrumadora para el corto tiempo de preparación que las necesidades de la empresa exigían, y declinamos la honrosa proposición. (...) Un literato español, fraternalmente unido al grupo de jóvenes que hace veinte años empujó a la vida literaria el poderoso aliento de Altamirano, y que llegó a la plenitud de sus facultades aquí en nuestra patria, aclimatando para siempre en ella su espíritu y su corazón, don Enrique de Olavarría, fue el encargado de dar cima a la temerosa la temerosa labor.<sup>90</sup>

En seguida Sierra comenta que Olavarría había ya publicado algunos de sus populares Episodio al estilo de Pérez Galdós y que en breve tiempo logró reunir una cantidad muy considerable de información para el tomo IV. Luego considera que el espíritu que domina en éste es “exageradamente mexicano... De aquí un odio altivo hacia cuanto a yankee trasciende desde los primeros años de nuestra existencia nacional, de aquí la patética relación de las tristes campañas del 47 y 48.”<sup>91</sup> De acuerdo con Sierra intenta Olavarría ser imparcial “pero no oculta sus simpatías por el partido reformista avanzado”, ni tampoco su ira contra el partido moderado: “lo persigue y zahiere sin

<sup>90</sup> Sierra, “México a través de los siglos”, loc. Cit., p. 186.

<sup>91</sup> Ibid.

descanso a través de su obra”.<sup>92</sup> Son muy interesantes las apreciaciones de Sierra sobre los moderados pues nos muestran que su estudio, aunque en los últimos años han despertado gran interés,<sup>93</sup> no es una novedad y que, como ya sospechábamos nosotros, categoría “moderado” es difícil de manejar, movediza y casi inasible, pues si bien en la práctica política es relativamente fácil distinguir a radicales o puros y moderados, no lo es tanto en la doctrina y en los principios liberales: los moderados querían lo mismo que los puros pero mediante una pausada transición, sin cambiarlo todo de una vez.

Por lo demás, en nuestra tremenda revuelta de medio siglo, todo tendía a confundirse y no hay límite rigurosamente demarcable entre los credos políticos liberales, ni menos entre la acción de los caudillos y estadistas. Esta política, que el señor Olavarría llama moderada, fue la de muchos hombres de todos los bandos cuando estuvieron en el gobierno; no fue la de ninguno en las horas de combate, en que se dejó la palabra a los cañones.

No importa; en el tomo cuarto de México a través de los siglos yacen organizados datos preciosos y abundantísimos sobre este período de transición, tan interesante, tan curioso, tan obscuro, de nuestra historia; ningún futuro historiador de México podrá eximirse de consultarlo; ninguno, tampoco, escatimará sus homenajes al mérito de su inteligente y modesto autor.<sup>94</sup>

Cacho Vázquez dice poco del tomo IV, algo más que señalar que Olavarría sigue la metodología positivista (queriendo decir empirista) que, en su opinión, es común a los otros autores del México... Y el dislate de confundir el positivismo de Barreda con el Ranke, se va complicando en la medida que el autor intenta una postura erudita:

---

<sup>92</sup> Ibid.

<sup>93</sup> Véase por ejemplo la tesis doctoral de Laura Suárez de la Torre, “Luis de la Rosa Oteiza, político del México independiente”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. La doctora Suárez de la Torre está a cargo además de la publicación de las Obras completas de Luis de la Rosa Oteiza; el primer tomo (periodismo y obra literaria) ya está en circulación y este solo tomo convence de que se trata de un autor estratégico. Otro trabajo muy útil para el estudio del grupo político de los moderados es la tesis de maestría de Laura Solares Robles, “Manuel Gómez Pedraza. Una biografía política 1789-1851”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

<sup>94</sup> Sierra, “México a través de los siglos”, loc. Cit., p. 187.

Don Enrique de Olavarría habla formalmente de “la verdad” histórica como dependiente de “los documentos oficiales y públicos” y prosigue diciéndonos que el trabajo de buscarlos y encontrarlos puede ser tan digno como que de él depende lograr la verdad histórica. La equivalencia entre investigación y juicios de hecho o entre heurística y comprensión, afirmada por Olavarría, no deja lugar a la distinción entre la experiencia y la intelección de los datos de la experiencia.

El positivismo, por contradecir el Geist absoluto de los idealistas, parece reducir la inteligencia a una máquina fotográfica que obtiene buenas fotografías siempre y cuando haya luz suficiente, afoque preciso y velocidad adecuada en el obturador.<sup>95</sup>

Según el criterio del padre Cacho cualquier autor que dé importancia a los documentos como fundamento para decir verdad resultaría “positivista”, hasta el mismo O’Gorman. Indirectamente, sin embargo, Cacho Vázquez es útil para comprender el peligro de asignar categorías sin considerar las propias categorías de la época que se estudia; en el fondo se trata realmente de un anacronismo: no se aplica a los autores del México... el concepto de positivismo que, en efecto, estaba muy en boga en su época, sin otro que corresponde a otro tiempo y a otro lugar. Se hace así de la realidad histórica una maraña; es decir que se utiliza una “teoría” que en lugar de aclarar obscurece. Pero el mérito de ser la única publicación dedicada a celebrar el centenario del México... corresponde por entero al reverendo padre.

En contraste con Cacho Vázquez traemos a cuento la lectura del tomo IV que ha publicado, si bien en forma concisa, don Álvaro Matute Aguirre, quien argumenta -en oposición al primero- que si hay en esta obra de Olavarría algo más que crónica y “hace historia cuando recapitula, analiza, comenta, explica y manifiesta su comprensión de los hechos por encima de su exclusiva consignación”. Copiaremos el pasaje casi completo, en vista de que no hay en él desperdicio:

---

<sup>95</sup> Cacho Vázquez, “México a través de los siglos. A cien años de su publicación”, loc. Cit., p. 40-41.

El mexicanismo que le advierte Sierra [a Olavarría] ya apunta a también en los Episodios, precisamente como extensión del latinismo. Para subrayar el aserto y acierto de Sierra, cabe indicar que es Olavarría uno de los primeros historiadores liberales plenamente antiyanqui. La tradición inicial inaugurada por Alamán hacía que los conservadores hispanistas fueran contrarios a todo lo que se relacionara con lo norteamericano; la tradición liberal iniciada por Zavala, en cambio, identificaba a lo norteamericano con el progreso y la razón, y por consiguiente el enemigo a vencer era la herencia hispana. El liberal español Olavarría no podía seguir esos pasos, como tampoco podía sostenerse después del 47. Sin embargo, es importante señalar que en la construcción de la primera gran historia oficial mexicana que es el México a través de los siglos ya aparezca una actitud liberal contraria a lo norteamericano. El cambio de perspectiva es fundamental. Para el Porfiriato temprano, que es cuando se escribe esta obra, se da la coincidencia entre liberales y conservadores con respecto a los Estados Unidos. De ello dan fe Olavarría y José María Roa Bárcena.

[...]

México a través de los siglos es una obra que, en general, se caracteriza por su estructura rigurosamente cronológica. El tomo cuarto lo confirma, ya que a través de él se puede seguir año con año lo sucedido entonces. A este respecto vale la pena traer a cuento un comentario -otra vez- de Sierra, no referente a la parte de Olavarría, sino en general a la época colonial, cuyos tres siglos “son monótonos, áridos; la historia en ellos tiende a retrogradar hacia la crónica y la crónica a pulverizarse en efemérides”. El abuso del rigor cronológico, puede llevar a la narración histórica a las efemérides. Ciertamente Olavarría no llega a ellas, pero en una gran medida está entre la historia y la crónica. Se salva de las efemérides gracias a seguir las secuencias históricas de los sucesos, que naturalmente no se dan año tras año, sino que tienen su duración propia. En ese sentido hay una crónica que la presencia del autor hace historia cuando recapitula, analiza, comenta, explica y manifiesta su comprensión de los hechos por encima de exclusiva consignación. De las tres grandes obras de Olavarría, el tomo cuarto de México a través de los siglos se ubica en el medio. La Reseña histórica del teatro en México está en la crónica más que en la gran explicación histórica, y donde hay un esfuerzo hermenéutico mayor, pese al género, es en los Episodios.

Antes de comentarlos, sólo resta decir de México independiente, o sea el tomo cuarto, que es el intento global de recoger la historia desde la consumación de la independencia hasta Ayutla, más completo y el primero que establece esos límites cronológicos como momentos que abren y cierran una época. La Historiografía testimonial anterior no había satisfecho toda la extensión cronológica que posee la

obra de Olavarría, aunque el mérito en realidad corresponda a Riva Palacio. El llamado México independiente quedó acotado así, de Iturbide a la caída de Santa Anna, para dar paso después a las luchas por la Reforma y contra el Imperio. Olavarría y Ferrari fue su primer historiador completo.<sup>96</sup>

Este último punto que señala Álvaro Matute nos parece especialmente interesante. Es claro que hay grandes acontecimientos de nuestra historia -la independencia, la Revolución- que indudablemente marcan un hito y, en consecuencia, sugieren fuertemente cierta división cronológica. Pero esto no es tan claro en la primera mitad de nuestro siglo XIX y aquí parece haber más intervención del artificio del historiador -Riva, en este caso. Y lo interesante es que esa cronología haya logrado imponerse aun en nuestros días, sin olvidar que establecer un corte cronológico es hacer interpretación muy importante, decisiva quizá. Y esto es así porque marcar el principio y el desenlace de una historia, lo mismo que el principio y el fin de las etapas intermedias, pone el énfasis en ciertos aspectos o acontecimientos que dan la pauta de lo importante y de lo ancilar, y de esta interpretación general siguen todos los pormenores que se quiera, pero el marco hermenéutico ya ha quedado establecido. Esto sugiere que andan por ahí muchos historiadores, tal vez inteligentes y originales, que cargan sin hacer conciencia de ello con la cronología -es decir la interpretación- del México... También se debe meditar que resulta crucial en cualquier relato el desenlace, de tal modo que la división cronológica bien puede imponer determinada interpretación de una época o, para decirlo en términos de Hayden White, puede decidir el tropo. Y nada de esto estaríamos pensando si el doctor Álvaro Matute no hubiera advertido que el tomo de Olavarría es el primero en su tipo, el primero en tener esas coordenadas cronológicas.

---

<sup>96</sup> Olavarría y Ferrari, Episodios históricos mexicanos (prólogo de Álvaro Matute), loc. Cit., p. X-XI.

## Ilustraciones

La lámina a color, sin firma pero que bien puede atribuirse a Ramón Cantó, que abre el tomo de Olavarría es interesante. Al centro, de gran tamaño, la patria -vestida con los colores de la bandera- empuña una daga (¿de destrucción?) en la mano derecha y una antorcha (¿de civilización?) en la izquierda, que es la que está en alto. Apreciable el escote, en la testa porta un pequeño gorro terminado en punta, metálico, militar. En la parte baja se aprecia, del lado izquierdo, una ciudad en llamas y unas aves indefinibles sobrevuelan como carroñeras; del lado derecho se ven dos monumentos mortuorios, dice “Guerrero” y el otro “Iturbide”, son los testimonios del parricidio. Al centro, abajo, se ven unos árboles talados y unas cadenas tiradas, acaso una alusión a la libertad que trajo la independencia. En conjunto la imagen es impactante y la presencia simultánea de un relámpago y un arcoiris, tal vez figuren los dos aspectos de la primera mitad del XIX, los afanes de ilustración, la inauguración del telégrafo, versus la destrucción, la violencia y la descomposición social.

La introducción abre con una enorme letra capitular (dibujo de Ramón Cantó), es una “A” que semeja un monumento: abajo aparecen unas armas y otros aperos militares, en la parte media dos banderas: la de los Estados Unidos y otra, que podría ser la de Francia, unidas por una corona con un águila imperial; arriba el busto de ¿la patria?, a su diestra una bandera de México hecha girones, a su izquierda un águila que devora una serpiente es amenazada por otras dos que vuelan cerca, la una con el emblema de barras y las estrellas de los vecinos del norte, la otra empuñando un cetro y una corona imperial ¿francesa? En la distancia, al fondo, un panorama de desolación y destrucción.

No tan dramáticas pero sí cargadas de sentido son las láminas a página completa de este tomo: antigua Cámara de Diputados en el Palacio Nacional, Iturbide emperador, vista de la antigua Acordada en México, vista del Sagrario Metropolitano de México, facsímil del tratado de paz firmado con España en 1836, mapa de la República Mexicana antes de la invasión norteamericana (a doble página), Colegiata de Guadalupe, panorama Churubusco, vista del castillo de Chapultepec, recuerdo de la guerra con los Estados Unidos, general don Mariano Arista y general don Antonio López de Santa Anna. Es interesante que se hayan elegido a estos dos personajes para destacarlos con una lámina página de completa; la presencia de Santa Anna se explica más fácilmente que la de Arista, cuyo papel en la historia merecería una revisión por los historiadores actuales, en vista de la importancia que aquí se le da. Una última mención haremos de los excelentes planos de las principales batallas sostenidas durante la guerra de México con los Estados Unidos.

#### Tomo V: La Reforma. José María Vigil (1829-1909)

De Vigil, el autor del tomo dedicado a la Reforma y la Intervención, bien se puede decir que comenzó a escribir dicho tomo con la pluma pero, no pareciéndole bastante, en un descuido le arrebató al general Riva Palacio el espadín y fue con él que prosiguió la obra. Ya Arias, en el tomo anterior, advertía de la dificultad de escribir historia contemporánea, aserto que con más razón puede aplicarse al tomo de Vigil quien sucesos acaecidos hacia apenas unos quince años antes del momento en que los narraba. Le toca a éste la difícil tarea de ser juez habiendo sido parte del proceso político que narra y por más votos que hace de imparcialidad (lo que generalmente indica lo

opuesto de lo que se propone) ofrece, sin lugar a dudas, la versión de los liberales que dieron forma a la Constitución de 1857 y a las leyes de Reforma Y que triunfaron en Calpulalpam, en Puebla, en La Carbonera y en Querétaro. Y sin embargo murió como buen católico poco después de pronunciar estas palabras: “A esta hora se siente más que nunca lo vacío de todas las filosofías y lo inútil de todos los sistemas. Frente al más allá sólo hay la religión de nuestros padres”.<sup>97</sup>

Nació Vigil en Guadalajara el 11 de octubre de 1829 y murió en México el 18 de febrero de 1909. En la capital tapatía hizo sus estudios primarios en la Escuela Municipal, los preparatorios en el Seminario Conciliar de Señor San José y jurisprudencia en la Universidad de Guadalajara, pero casi al terminar interrumpe estos estudios. Ignacio L. Vallarta fue su compañero en la primaria, testigo de su matrimonio con Asunción Robles Gil y también compañero en la Cámara de Diputados; Jesús González Ortega fue su compañero en la preparatoria. De 1867 a 1869 fue director de la Biblioteca Pública Estado de Jalisco y a partir de 1880, y hasta su muerte, fue director de la Biblioteca Nacional, en donde apoyó ampliamente las investigaciones para el México a través de los siglos. Fue además diputado en varios períodos incluyendo el Congreso Constituyente de 1857, como suplente. Su actividad como periodista fue amplísima desde que en 1855 fue redactor de La Revolución que es por supuesto un órgano de apoyo al plan de Ayutla. Con algunas interrupciones dirigió El País. Periódico Oficial del Estado de Jalisco de 1856 a 1869; además fue director o redactor de El Nuevo Mundo, El Boletín de Noticias,

---

<sup>97</sup> Para conocer a este ilustre jalisciense contamos con una fuente privilegiada: Gabriel Agraz García de Alba, Bibliografía general de don José María Vigil, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981 (Bibliografías, 7). No alcanza a formar una biografía cabal pero incluye una cronología sumamente detallada y la bibliografía es prácticamente exhaustiva. De esta obra tomamos la cita textual, p. 18.

El siglo Diecinueve, El Eco de Ambos Mundos, El Porvenir, El Monitor Republicano, El Sistema Postal, la Revista Filosófica (en donde defiende a la metafísica de los embates del positivismo), La Prensa y el Boletín de la Biblioteca Nacional de México. Al acercarse las fuerzas de la Intervención a Guadalajara Vigil no las toleró y se embarcó en Colima rumbo a San Francisco, California, donde fundó y dirigió El Nuevo Mundo, en colaboración con don Sotero Prieto, periódico en el cual defendió la causa de México frente a la invasión extranjera. Por falta de recursos tiene que regresar a Guadalajara y allí fundó el Boletín de Noticias, donde siguió defendiendo su credo político, hasta que fue clausurado por las autoridades.

Después de la guerra fue partidario y defensor acérrimo de don Sebastián Lerdo de Tejada -a diferencia de Riva que militaba en la oposición; durante parte de su gobierno Vigil fue director del Archivo General de la Nación. También en esa época fue nombrado ministro de la Suprema Corte de Justicia. Su labor docente permitió una mejor alimentación de sus siete hijos, pues fue maestro en el Liceo de Varones del Estado de Jalisco, sinodal en el Instituto de Ciencias del Estado de Jalisco, profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela Nacional Secundaria para Niñas y la Escuela Normal de Profesores.

Cultivó diversos géneros literarios comenzando por el arte dramático; varias obras suyas se representaron en Guadalajara, entre ellas La hija del carpintero. En el ámbito historiográfico se encargó del prólogo y edición de la Historia de las Indias de Las Casas, fue editor de la Crónica mexicana de Hernando Alvarado Tezozómoc, además fue autor del Ensayo histórico del ejército de Occidente (en colaboración con Juan B. Híjar y Haro). Dominaba el inglés, el portugués, el italiano, el alemán, el francés, el latín y el

griego; tradujo las Sátiras de Persio,<sup>98</sup> así como del francés, Murmuraciones de Labiano. La crítica histórica en tiempos de Augusto, por M A. Regead. Cultivó la poesía y publicó Flores de Anáhuac en donde reúne sus composiciones; para Riva a la obra poética de Vigil le faltaba “inspiración” y “fuego” si bien reconoce su perfección técnica. Vigil destaca además como promotor, editor y crítico de poetisas; su discurso de ingreso a la Academia de la Lengua lo dedicó a Isabel Prieto y además publicó Poetisas mexicanas, siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. También colaboró con una “Reseña histórica de la poesía mexicana” incluida en la Antología de poetas mexicanos que formaron Casimiro del Collado y José María Roa Bárcena. También se le atribuye ciertos poemas firmados con las iniciales J. M. V. incluidos en el “Homenaje fúnebre que a la memoria de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío Nono consagran los fieles de la parroquia de Santa María la Redonda”.

#### Estructura de la obra

El tomo de Vigil está dividido en dos libros: el primero parte de la revolución de Ayutla (1855) y llega a los prolegómenos de la Intervención Francesa (1861) y el segundo alcanza hasta el triunfo de la República en 1867. Lo mismo que los otros tomos sigue un plan estrictamente cronológico, pero es característica propia de este tomo el tener un aparato crítico que incluye muchos documentos, además de las fuentes que copia con mucha frecuencia y amplitud en el cuerpo mismo del texto. Por esta razón la composición es menos atildada que en los otros tomos pues el relato se corta con

---

<sup>98</sup> Sobre esta traducción, en son de broma, escribió Riva: “va la obra del satírico latino, entre el prólogo y las notas, como un chico que ha roto un farol y camina entre dos gendarmes a la Comisaría”; en Los Ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promesa, México, 1979, p. 109.

excesiva frecuencia con la inclusión, más que de citas, de documentos completos, que autor más pulido hubiera evitado o cuando menos habría sido más sintético. Esto, que bien puede considerarse un defecto de composición, a cien años de distancia no deja tener señalada utilidad pues, tratándose de los documentos políticos, Vigil copia casi todos los fundamentales y los hace muy accesibles a nosotros. Pero no es muy elegante su técnica de “tijeras y engrudo”, para usar la expresión de Collingwood.

El asunto principal del tomo final del México... lo explica Vigil al dedicar toda la “Introducción”, que llega hasta la página LIII, no a hacer una sinopsis de los diversos asuntos de su libro, sino exclusivamente a la cuestión del enfrentamiento entre el Estado y la Iglesia. Para ello se remite al siglo XVI y a las disposiciones de Hernán Cortés en esta delicada materia pues para Vigil la Reforma y la Intervención no son sino: “consecuencias de antecedentes que de largo tiempo atrás se habían hecho sentir en nuestro desenvolvimiento social, pudiendo señalarse algunos de ellos en la cuna de nuestra civilización, en el momento solemne en que bajo la espada del conquistador, México se iniciaba en los misterios de la cultura cristiana”.<sup>99</sup> De este modo Vigil ve cierto incipiente “regalismo” o preeminencia del Estado sobre la Iglesia en algunas disposiciones de Cortés. Cita a Sahagún para demostrar que la conversión de los indios era muy imperfecta: “fictos que recibían aquella fe sin dejar la falsa que tenían de muchos dioses”.<sup>100</sup> Pondera el buen criterio que dejó a los indios fuera de la órbita de la Inquisición pero lamenta - como muchos otros liberales- que se dejara “al indio como un

---

<sup>99</sup> José María Vigil, México a través de los siglos, Tomo V, La Reforma, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. III.

<sup>100</sup> Historia general de las cosas de Nueva España, lib. XI, cap. XII, 6. Citado en Vigil, México a través de los siglos, loc. Cit., t. V, p. VII.

ser de naturaleza inferior que debía mantenerse en una especie de tutela”.<sup>101</sup> Su “imparcial” retrospectiva le permite ver que: “examinando los hechos en sí mismos con la severa imparcialidad del historiador, hay que señalar en aquella situación extraordinaria la presencia de problemas cuya solución acarrearía necesariamente largas y dolorosas sacudidas... una pugna que poco a poco se iría haciendo más visible entre la Iglesia y el Estado”.<sup>102</sup> Vigil se entretiene en señalar las fallas y las disputas no sólo entre las diversas órdenes monásticas, sino en el propio seno de cada una de ellas. Otro hito del conflicto Iglesia-Estado es la contienda entre el virrey don Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves, y el arzobispo don Juan Pérez de la Serna. Subraya Vigil la avidez por las riquezas materiales, especialmente por parte de la Compañía de Jesús. No podemos detenernos a ponderar cada información del “imparcial” historiador autor tomo V, pero cuando se refiere a la expulsión de los jesuitas, obra del despotismo ilustrado de Carlos III, Vigil nos asegura: “En la Nueva España, donde la expulsión se verificó en la madrugada del 25 de junio del año citado (1767), el suceso pasó sin producir perturbación ninguna en la paz pública...”<sup>103</sup> Este pasaje es falso, según la opinión de otros historiadores antiguos y modernos, comenzando por Riva, quien en el tomo II de la misma obra afirma:

La expulsión de los jesuitas fue un acontecimiento que conmovió los ánimos de toda la Nueva España; perfectamente lo comprendieron el ministerio de España y el marqués de Croix y don José de Gálvez [visitador] en México, y merced a su habilidad, a su energía y al profundo secreto con que se dispuso y ejecutó la disposición, pudo conseguirse que no preparados los padres con anticipación no se opusieran los pueblos a la ejecución del decreto. Tanta influencia tenían, que el mismo marqués dice en una de sus cartas: “Todo el mundo los llora todavía y no hay que asombrarse de

<sup>101</sup> Vigil, *México a través de los siglos*, loc. Cit., t. V, p. VIII.

<sup>102</sup> *Ibid.*, t. V, p. IX.

<sup>103</sup> *Ibid.*, t. V, p. XIX. Subrayado nuestro.

ello: eran dueños absolutos de los corazones y de las conciencias de todos los habitantes de ese vasto imperio”.

Sin embargo, la conmoción fue tal, que se produjeron tumultos en San Luis Potosí, en Guanajuato, en San Luis de la Paz, en Pátzcuaro, en Valladolid y en Uruapan.<sup>104</sup>

Tan flagrante contradicción en torno a un suceso sonado y ampliamente conocido no creemos que sea una “mentira” de Vigil. Se trata, más propiamente, de un lapsus. En su afán de defender la causa del Estado, que es el objetivo visible de la “Introducción” y del tomo en su conjunto, el autor no pudo evitar dejar este guiño a los lectores de entonces y ahora. Y es normal si consideramos la velocidad a la que se escribió esta obra que hacía preciso componer el texto de primera intención, casi sin tiempo para revisarlo. No queremos aminorar la pifia de Vigil sino ilustrar el modo en que su cruzada por el Estado, el gran vencedor de las guerras de Reforma y de la Intervención Francesa, hace que emerja, mediante un lapsus, el espíritu de partido cargado de anticlericalismo. Y no se trata de un juicio subjetivo, donde pudiera defenderse tal o cual opinión, es un error de hechos con respecto a un acontecimiento ampliamente conocido. Aunque también es claro que Riva destaca la importancia y las percusiones del acontecimiento, para conectar el descontento que produjo la expulsión los padres con la causa suprema de la independencia.

Otro rasgo que muestra la distancia de aquella historiografía con respecto a nosotros es la mención que hace Vigil de la cédula de consolidación de bienes de obras pías o vales reales (1804), según se le llama ahora, y que siempre se menciona en

---

<sup>104</sup> VRP, México a través de los siglos. Tomo II, El virreinato, Espasa y Compañía, editores, Barcelona, 1884-1889, p. 842. En San Luis Potosí el pueblos se amotinó en el momento de salir los desterrados. En vano salió el comendador de la Merced, fray José de Reumayor, con el Santísimo en las manos para sosegar al tumulto. Un flechazo le pasó el escapulario y una pedrada le dio en la boca. Véase José Gutiérrez Casillas s. j., Historia de la Iglesia en México, Editorial Porrúa, México, 1974, p. 175.

cualquier historia de la economía sobre esa época. Para Vigil lo más importante es que ilustra un episodio más de la pugna entre el Estado y la Iglesia -el gran asunto- y sólo de modo secundario le interesa que sea una manifestación de la vida económica. Y sobre la gente de esa época dice el autor: “Ignorante, más que todo creyente, y si se quiere hasta fanática, era en lo general la sociedad mexicana de aquellos días...”<sup>105</sup> Y luego Vigil repite lo dicho por Zárate en el tomo III: la consumación de la independencia fue estrictamente hablando, una medida desesperada de la reacción:

En efecto, viendo el clero que de seguir las cosas como iban su poder y sus riquezas corrían inminente riesgo de naufragar en el torbellino de reformas que a la sombra de la Constitución [liberal de 1812 restituida en 1820] se estaban llevando a cabo en España, quiso poner un dique al torrente que ya se desbordaba, y el mejor medio encontró fue cortar los vínculos que unían a la colonia con la madre patria, poner de esta manera una especie de cordón sanitario que preservase a México del contagio liberal que le venía de allende los mares, y este pensamiento se realizó con la proclamación del Plan de Iguala, cuyo triunfo dio cima a la revolución de independencia asegurando para siempre la autonomía de México.<sup>106</sup>

La desviación de Vigil consiste principalmente en que en su afán de mostrar el conflicto Iglesia-Estado deja fuera a otros actores; así en el párrafo recién citado el sujeto, el actor que aquí aparece como único, es el clero. Es una omisión, por decir lo menos, mencionar el papel que jugó la oligarquía de españoles y criollos.

Y el autor, tal como lo viene haciendo desde que comenzó su narración, desde que recuerda los primeros días de la conquista, tiene la amabilidad de anticiparnos el final de su obra: “La lucha debía, pues, continuar entre dos potencias cuya conciliación era de todo punto imposible...”<sup>107</sup> Concretamente la gran disputa se derivó de que, con la

<sup>105</sup> Vigil, *México a través de los siglos*, loc. Cit., t. V, p. XX.

<sup>106</sup> *Ibid.*, t. V, p. XXI. En cuanto al origen de la lucha por la independencia lo atribuye a “una parte del clero bajo, seguido por las masas populares”. Véase *ibid.*, t. V, p. LII.

<sup>107</sup> *Ibid.*, t. V, p. XXI.

independencia, cesó el patronato con el que el papado había favorecido a la corona española; el Estado en ciernes pedirá las mismas prerrogativas, pero la Iglesia dirá: no. Vigil asevera: “Compréndese de esta manera que el estado de las relaciones entre el gobierno de la República y la Iglesia mexicana vino a ser el de una guerra permanente que pronto se haría sentir en la marcha de los negocios políticos.”<sup>108</sup> Y así, de manera bastante detallada, Vigil narra los avatares del conflicto -inevitable, nos dice siempre- entre la Iglesia y el Estado; especialmente interesante es el seguimiento que hace de las reformas liberales de 1833 las cuales se mantienen en pie, en buena medida, aun después de la caída del vicepresidente Valentín Gómez Farias.

Al parecer a Vigil no le parecieron bastante lo que los autores de los tomos anteriores del México... habían dicho sobre cuestiones eclesiásticas pues la “Introducción”, está dedicada enteramente a mostrar la decadencia del clero mexicano y cómo se fue comprometiendo más y más en los negocios políticos hasta entrar en la completa oposición con el Estado. Por supuesto no pasa por alto la resistencia de la Iglesia a prestar dinero al gobierno, aun en momentos de necesidad suprema como fueron los de la invasión norteamericana. Y así: “al través de las mudanzas políticas y de los cambios personales, se nota constantemente una oposición de miras entre el gobierno mexicano y el clero, prueba inequívoca de que aquellas dos entidades representaban principios divergentes, y cuya conciliación, por lo mismo, estaba fuera del poder humano.”<sup>109</sup>

De este modo Vigil argumenta que el choque entre la Iglesia y el Estado, es decir la guerra de Reforma, era un proceso absolutamente inevitable. Por añadidura

---

<sup>108</sup> Ibid., t. V, p. XXXI.

<sup>109</sup> Ibid., t. V, p. XLV.

asegura que en su análisis no ha tomado una actitud de partido: “hemos procurado colocarnos sobre toda mira apasionada, para poder fijar con entera precisión verdaderas causas de los hechos y su trascendente significación”.<sup>110</sup> Pero en seguida nos dirá que su labor será también de rectificación de desviadas opiniones pues se propone: “trazar el cuadro de una revolución mal comprendida por unos y siniestramente interpretada por otros, que no pudiendo hacer retroceder las cosas al estado que guardaban antes de ella, se satisfacen con derramar la hiel del odio, alterando acontecimientos y envileciendo a sus autores.”<sup>111</sup>

El tomo de Vigil es producto de la humareda, que en 1889 no terminaba de disiparse del todo, de las guerras de Reforma e Intervención. Ofrece el punto de vista liberal, pero no es una vulgar arenga sino un trabajo bien meditado que pretende “explicar” una época, pero no sólo con fines científicos sino eminentemente políticos. Es claro que la mentalidad de la población no cambió al parejo de la evolución jurídica y política del país; aun después de la derrota de Maximiliano amplios sectores de la población suspiraban por los buenos viejos tiempos en que la Iglesia era el centro de la vida social. Por ello la élite de liberales radicales que gobernó al país a partir de 1867 quería ofrecer, en el México a través de los siglos, su versión de la historia. Pero al saberse vencedores, especialmente para el tardío año de 1889, no quisieron aplicar el “¡Ay de los vencidos!” de Breno; la victoria era completa y prefirieron persuadir antes que imponer por la fuerza su idea de la historia. Es por ello que el tomo de Vigil a todas luces una apología del Estado liberal, pero trata -en nuestra opinión- de no ser una filípica contra la Iglesia. Es un texto argumentativo cuya gran premisa es, evidentemente,

---

<sup>110</sup> Ibid., t. V, p. LIII.

<sup>111</sup> Ibid., t. V, p. LIII.

el triunfo liberal que es el desenlace a la vez que la clave de la interpretación del conjunto de la época. Como ya se conoce el final la explicación es retrospectiva, aunque la exposición será consecutiva, como se acostumbra en los libros de historia, que se narran fingiendo en cierto modo que no se conoce lo que sucederá después. Pero Vigil no es un títere ni un actor pagado que representa cualquier papel que se le pida; no, su trayectoria vital nos indica que es un liberal convencido y debemos creer en la sinceridad de sus palabras. Él por su parte no nos pide que creamos a priori en sus ideas políticas y en su versión de los grandes acontecimientos de su época. En cambio tratará de persuadirnos y acumular (de veras un gran cúmulo) de documentos favorables a su causa; en términos generales escribe para lectores sin prejuicios, de buena fe, pero también para poner en evidencia la “falsedad” de otras versiones que se han escrito lo cual engloba, principalmente, a la historiografía conservadora.

Para que su argumento sea completo el autor se remite a los primeros tiempos de la conquista pero, de manera especial, examina las consecuencias de la declaración de la Constitución de 1824, en el sentido de que sólo la religión católica sería tolerada. Al establecerse una religión oficial era obligado reglamentar las relaciones entre sus ministros y el gobierno civil pero, adverso a reconocer derechos equivalentes a los del patronato de los tiempos de la dominación española, el clero -nótese que fue el clero- inició una disputa que se mantendría hasta más allá de la mitad del siglo. Después de muchos enfrentamientos y de victorias parciales la batalla decisiva se dará a raíz del levantamiento del cura de Zacapoaxtla,<sup>112</sup> que se extendió después a Puebla. Vigil narra

---

<sup>112</sup> Sitio interesante que si bien en esta época aparece afiliado al conservadurismo, después será cuna del liberalismo serrano de Puebla, que aportó importante contingente en la batalla del 5 de mayo de 1862 y que fue apoyo fundamental de los generales Juan N. Méndez, Juan Francisco Lucas y Juan Crisóstomo Bonilla. Apunte erudito de Jane Dale Lloyd.

con mucho detenimiento la orientación moderada del presidente Ignacio Comonfort, con todo y que mantiene en vigor la ley Juárez que termina con el fuero eclesiástico y militar.<sup>113</sup> Pero a esta disposición -dice el autor- no se le puede culpar de la revolución: “ahora bien, sea cual fuere la opinión que se tenga de aquella ley, nadie podrá admitir que constituyese motivo bastante para promover una revolución y derrocar un gobierno”;<sup>114</sup> y más adelante dice: “La ausencia de motivos suficientes que justificasen la reacción, explica los medios poco morales a que recurrían sus caudillos...”<sup>115</sup> Y al tiempo que le arrebató esta bandera al levantamiento documenta que el cura de Zacapoaxtla estaba implicado en el motín y que los alzados “llevaban en el pecho cruces e imágenes de santos, y en el sombrero un listón con el lema Religión o muerte”.<sup>116</sup> Este punto es el quid de la argumentación, del libro, de la revolución misma, en palabras de Vigil: “Ahora bien, ¿el clero favorecía la revolución? A esta pregunta que el lector se hará sin duda al recorrer el presente período de nuestra historia, contestaremos con la simple exposición de los hechos, dejando al buen juicio de cada uno la resolución de cuestión tan importante”.<sup>117</sup> Esta es una estrategia inteligente de Vigil, no declarar su parecer así de

---

<sup>113</sup> Durante el gobierno del presidente Comonfort se publicaron algunas de las leyes de Reforma como la ley Iglesias, la ley Lerdo y el decreto que abolía la Compañía de Jesús (junio 5 de 1856). Véase Vicente Quirarte, “Ignacio Comonfort”, en *Encyclopedia of Mexico. History, Society & Culture*, Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago, 1997, t. I, 282-283. Es difícil decidir sin pasión si las leyes de Reforma justificaban o no el levantamiento de Zacapoaxtla y la ulterior revolución en Puebla; pero, en principio la Iglesia actuó fuera de la ley en la medida que la legislación -buena o mal pero al fin legal- daba al Estado la fuerza del Derecho, por más que éste, como dice Riva en su ensayo sobre Hernán Cortés, es sólo una expresión de la fuerza. Lo real es que el Derecho justifica la causa del Estado y no así la de la Iglesia.

<sup>114</sup> Vigil, *México a través de los siglos, loc. Cit.*, t. V, p. 105.

<sup>115</sup> *Ibid.*, t. V, p. 106.

<sup>116</sup> *Ibid.*, t. V, p. 101.

<sup>117</sup> *Ibid.*, t. V, p. 106.

pronto, es más, él no promete dar su parecer sino que se constreñirá a “la simple exposición de los hechos”. He aquí otra forma de retórica que, sin mediar efectos de lenguaje como el patetismo de Olavarría o la grandilocuencia de Zárate, puede tener muy buenos resultados. En nuestros días esta es la retórica prevaleciente: se apela a los hechos mismos o a los documentos como si éstos pudieran adquirir sentido sin la acción mediadora del historiador. Pero, páginas adelante, Vigil siempre sí opina sobre la intervención del clero: “Era un hecho, [es decir no sujeto a la opinión] por otra parte, la ingerencia activa que los eclesiásticos tomaban en la revolución y que daba pasto a la prensa periódica, figurando en casi todos los pronunciamientos, de una manera más o menos directa, algún individuo del clero”.<sup>118</sup>

Sin embargo Vigil reconoce que los obispos intentaban contener a los religiosos levantiscos, a la vez que trata de quitarle a la revolución el fondo religioso -aunque parezca una contradicción- para mostrar que el gobierno no era antirreligioso pues “ni el presidente ni sus ministros pudieran ser colocados fuera del gremio netamente católico”.<sup>119</sup> Este punto es muy delicado pues la revolución de Puebla tuvo como consecuencia la guerra de Reforma y la Intervención y deslindar la responsabilidad del Estado no sólo atañe a la verdad histórica sino -cosa bastante más importante- a la relación futura de la Iglesia y el Estado, durante la República Restaurada y el Porfiriato. Es decir que en el texto hay tres tiempos: el nuestro, el de Vigil y el de la guerra Reforma que relata; él tenía que justificar la postura del Estado en aquel enfrentamiento, pero sin perder de vista que para la época en la cual escribe las cosas habían cambiado de manera radical. Habiendo triunfado los puros ya no hacía falta la postura jacobina,

---

<sup>118</sup> Ibid.

<sup>119</sup> Ibid., t. V, p. 108.

combatiente, de antaño. Y para salvar la contradicción apela al recurso de culpar a un tercero: después de insistir en repetidas ocasiones que era inevitable el enfrentamiento de los dos poderes, la Iglesia y el Estado, hace aparecer una especie de bateador emergente que bien puede cargar con la responsabilidad, y entonces dice: “Lo que había en realidad era que las clases privilegiadas, habituadas a disponer a su arbitrio de los destinos de la nación, comprendían que la presa se les iba a escapar de las manos, y no podían resignarse a perder posición tan ventajosa”.<sup>120</sup> Y en otro pasaje afirma:

ganaba cada día más terreno la convicción de que nada tenía que ver en aquel conflicto las creencias religiosas; que la reforma se dirigía exclusivamente a cuestiones políticas que sus enemigos se esforzaban en complicar con los sagrados intereses de la conciencia, y esto, como era natural, tenía que producir resultados muy distintos de los que la República estaba acostumbrada a presenciar en sus luchas fratricidas.<sup>121</sup>

Como es sabido Comonfort mismo acudió a sofocar el levantamiento poblano y venció a los rebeldes. De paso Vigil comenta un detalle que retrata bien uno de los aspectos más siniestros de la guerra. El general Echeagaray presentó el parte del primer enfrentamiento, en el cual le tocó ocupar la loma de Montero a las afueras de Puebla; allí resistió a la columna enemiga y el general comenta: “en esta columna [es decir la del enemigo] venía un hermano mío”.<sup>122</sup> Pero la consecuencia mayor del levantamiento fue la decisión del presidente Comonfort de intervenir los bienes de la diócesis de Puebla, para indemnizar al gobierno, a las viudas, los huérfanos, los mutilados. Mas en este punto el obispo de Puebla, don Antonio Pelagio de Labastida y Dávalos se mostró intransigente con el argumento de que, en efecto, había proporcionado fondos a Haro y Tamariz, jefe de la rebelión, pero sólo a partir de que se convirtió en un “gobierno reconocido”; este

---

<sup>120</sup> *Ibid.*, t. V, p. 105.

<sup>121</sup> *Ibid.*, t. V, p. 109.

<sup>122</sup> *Ibid.*, t. V, p. 115.

planteamiento es más oscuro que claro pues habría que preguntarse “gobierno reconocido” ¿por cuál bando, por qué partido? Vigil examina la postura de uno y otro bandos:

El gobierno, cediendo al torrente avasallador de la revolución, se veía estrechado a obrar en contra de un enemigo, que por su parte se encastillaba en un círculo de hierro, sin admitir transacciones de ninguna especie. Los prelados de la Iglesia mexicana no aceptaban ni reconocían nada que ni de lejos pareciera menoscabar un ápice sus inmunidades y privilegios; así que cuando el gobierno expidió su decreto de intervención en los bienes eclesiásticos en Puebla, se encontró frente a frente con el obispo de aquella diócesis, que pronunció el non possumus absoluto, negándole todo derecho para dictar aquella disposición, que no teniendo más base que la fuerza, no podía tener otro nombre que el de un acto de salvaje tiranía”.<sup>123</sup>

Luego se pregunta Vigil si el obispo era culpable (de lo cual hace rato nos viene persuadiendo) y de nuevo opta por la estrategia de la imparcialidad:

He aquí otras tantas cuestiones que podrían tener diversa solución según el criterio a que se las sometiera; por nuestra parte, manteniéndonos en la esfera serena en que debe colocarse el historiador, no aventuraremos ninguna suposición que no pueda racionalmente fundarse en los mismos hechos.<sup>124</sup>

Poco después el obispo de Puebla fue desterrado y siguió luego la cadena de acontecimientos que condujo al Plan de Tacubaya, al golpe de Estado de Comonfort y al acceso de Juárez a la presidencia en su calidad de presidente de la Suprema Corte de Justicia: la guerra de Tres años (1858-1860) o de Reforma se iniciaba.

En las siguientes 700 páginas Vigil hace un relato pormenorizado de los sucesos más importantes de 1858 a 1867, incluyendo por supuesto la guerra de Intervención. Resumir toda esa multitud de acontecimientos cansaría al lector y ya hemos dicho lo fundamental: Vigil se encarga de rastrear el proceso histórico del regalismo a expensas de

---

<sup>123</sup> Ibid., t. V, p. 138.

<sup>124</sup> Ibid., t. V, p. 136.

la Iglesia y tiene gran cuidado en señalar que el enfrentamiento decisivo no ocurrió por voluntad del Estado, sino que fue consecuencia de la intransigencia del clero, concretamente la actitud asumida por el obispo de Puebla al ser intervenidos los bienes de esa diócesis.

Cabe sin embargo señalar un par de aspectos especialmente interesantes para esta tesis. Lo primero es la manera discreta, sucinta, sin entrar en pormenores, con que relata Vigil los hechos de armas del general Vicente Riva Palacio en Michoacán: el director de la obra no recibe un tratamiento especial; bonito gesto republicano. Por otra parte tocó en suerte a don Mariano Riva Palacio, padre de Vicente, hacer la infructuosa defensa de Maximiliano, en unión de don Rafael Martínez de la Torre, en el juicio sumario que lo condenó a muerte. Los hechos y las palabras de los Riva Palacio, padre e hijo, manifiestan su celo para salvar la vida del archiduque; ellos parecían pensar “a enemigo que huye puente de plata”, pero en nuestro país con más frecuencia se ha aplicado el otro dicho: “a enemigo que huye puente minado”.<sup>125</sup> Y un último gesto de composición: Vigil no termina el tomo con una reflexión más o menos sesuda; en cambio inserta como final un manifiesto de Juárez que celebra el triunfo republicano; casi, casi nos convence de que los documentos hablan por sí mismos, pero no.

#### Fuentes

Las fuentes utilizadas por Vigil son difíciles de comentar pues, en lo que toca a documentos inéditos o publicados, su número es muy grande pero en la mayoría de los casos sólo cita un documento una o, a lo más, dos veces. Tenemos así que 185

---

<sup>125</sup> Fernando Curiel Defossé, comunicación personal, 1998.

documentos de todo tipo se citan en el texto una o dos veces e incluyen toda una gama de cartas, circulares, decretos, anuncios, proclamas, planes, edictos, leyes, decretos, folletos, bandos, manifiestos, memorias, apuntes y demás. Nunca señala Vigil el repositorio donde pueden encontrarse los documentos, pero es difícil creer que él los tuviera todos en su poder con todo y que era director de la Biblioteca Nacional. Por otra parte como tiene la costumbre de citarlos, casi siempre, completos, este tomo del México... es una mina de información de primera mano que sigue siendo de gran utilidad. Sólo un par de colecciones documentales son citadas hasta 5 veces cada una: las Cartas de Indias y la Recopilación de Indias. También es importante considerar que el México..., en su origen, iba a ser una historia de la Intervención francesa y que se hicieron grandes esfuerzos para acopiar todo tipo de noticias y documentos de la época, como ya hemos señalado en un capítulo anterior. Sin duda Vigil fue el que más se benefició de ese trabajo y es probable que en su obra se hallen datos y noticias que no se pueden conseguir en otra parte. Otro tipo de fuentes primarias, los periódicos, también los usa con profusión, especialmente El Siglo Diecinueve, pero también L'Estafette, la Revue des Deux Mondes el Semanario Erudito, Le Trait d'Union, el Diario Oficial, El Español, El Tiempo, La Cruz , el Periódico Oficial del Estado de Jalisco, The New-York Herald, Diario de Avisos, El Pájaro Verde, La Sociedad, el Diario del Imperio y el Boletín Oficial de Querétaro. Además el uso que hace de la prensa es muy selecto pues rescata artículos sumamente relevantes y escritos por los autores más prominentes; se podría suponer que tenía a la mano una preciosa colección de recortes coleccionados durante años.

En cuanto a fuentes secundarias los historiadores y obras más citados son G. Niox y su Expédition du Mexique y don Anselmo de la Portilla y su México en 1856 y

1857. Gobierno del general Comonfort, con 17 citaciones cada uno; don Francisco de Paula Arrangoiz, varias obras suyas, 15 citaciones; don Francisco Zarco y su Historia del Congreso Extraordinario Constituyente de 1856 y 1857 14 citaciones; E. Masseras y su Un essai d'empire au Mexique 10 citaciones; don José María Iglesias y sus Revistas históricas sobre la Intervención francesa 8 citaciones; cada uno con 7 citaciones el Ensayo histórico del ejército de Occidente, obra del propio Vigil y Juan B. Híjar y Haro, y la Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna de Anselmo de la Portilla. Merecen 6 citaciones cada uno las Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos del tiempo de la Intervención francesa y de imperio de don Manuel Payno, España y México de José G. de Arboleya, Le général Miramón de M. V. Daran y Historia de las Indias de fray Diego Durán. Se citan 5 veces cada uno los Combats et retraites des six mille del príncipe Bibesco y L'elevation et la chute de l'empereur Maximilien del conde de Kératry. Otras 54 obras son citadas de 1 a 4 veces y son los trabajos de Zerecero, Tornel, don Ireneo Paz, Núñez Ortega, Lafuente, Epitacio Huerta, A. Hans, Frederic Hall, Gil González Dávila, Salm Salm, Ramón Corral, Brancroft, Sahagún, García Icazbalceta y otros.

La única obra general que cita Vigil es el artículo "Bazaine" de La grande Encyclopédie.

En general Vigil logra un buen balance donde predominan las fuentes primarias pero hay también buen número de trabajos de historiadores. De la muy abundante literatura europea sobre el imperio de Maximiliano aprovecha un número considerable de obras pero está lejos de agotar esta veta. Si bien desde el principio señala su intención de

rectificar erradas opiniones no emprende campaña contra ningún historiador en particular, pero con frecuencia comenta con sarcasmo la historiografía conservadora.

Lecturas del tomo V

Santiago Ballescá, el editor del México..., que bien puede considerarse el primer lector de la obra, tenía muy particulares opiniones sobre Vigil y las expresó sin el menor recato:

El señor Vigil no hay manera que salga de su paso, y mucho he conseguido con convencerlo al fin de que en una Historia General salen sobrando tantos discursos y documentos inmensos sin verdadero interés y propios sólo para alargar indefinidamente la obra con perjuicio mío y fastidio de los suscritores.<sup>126</sup>

Sin embargo una carta posterior, de junio 30 de 1887, nos indica que Vigil no hizo caso de los buenos consejos de Ballescá:

La cachaza de Vigil no tiene igual ni la tiene su monomanía por llenarlo todo de discursos, brindis, documentos y otras zarandajas que sólo sirven para alargar indefinidamente el tomo, el cual al paso que vamos sólo puede terminar con la vida del autor.<sup>127</sup>

Las zarandajas, como todo el mundo sabe, son cosas menudas, de poco valor. No tal el capítulo de Vigil sobre la rendición de Querétaro que provoca este comentario Ballescá:

El México quedará terminado el mes que entra en el capítulo 157 o 158. El 156 saldrá mañana y con él se armará seguramente mucha bola en México, porque se publica el informe que Escobedo presentó al

<sup>126</sup> Carta de Santiago Ballescá a VRP, México, octubre 14 de 1886. Véase “Cartas del editor de México a través de los siglos”, en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto, p. 140.

<sup>127</sup> Ibid., p. 143. En otra carta (Barcelona, abril 23 de 1889) Ballescá se lamentará de que Vigil “se haya dado preferencia a discursos, brindis, etc., con perjuicio de cosas más importantes, tales como la continuación de los capítulos presentando la formación y desarrollo de las ciencias, las artes, la administración, etc.” Ibid., p. 152.

general Díaz sobre la rendición de Querétaro y la supuesta traición de López.<sup>128</sup>

Ballescá nos recuerda aquí que Vigil estaba escribiendo historia contemporánea actual, que podía herir sensibilidades y despertar pasiones políticas; esto nos hace comprender mejor la estrategia de Vigil de dejar hablar a “los hechos” mismos, como si fuera una novela en la que el narrador se apaga y los personajes hablan de por sí. El episodio y el informe de Escobedo a que se refiere Ballescá es una carta dirigida por este general al presidente Porfirio Díaz en julio 8 de 1887. En ella el citado general da los pormenores de su entrevista con el coronel imperialista Miguel López, a quien muchos -especialmente los conservadores- atribuían el haber traicionado a Maximiliano a cambio de dinero. Escobedo señala que López era en realidad un enviado del archiduque y que fue éste quien concibió la idea de pactar su rendición, como en efecto ocurrió, y más tarde el desafortunado príncipe le había pedido a él, es decir a Escobedo, que guardara silencio sobre su voluntaria capitulación para cuidar su buen nombre y así fue como López cargó con la culpa y con el cargo de traidor. Como es costumbre en Vigil copia completo el documento, el cual es bastante largo.<sup>129</sup>

Hoy día sólo los historiadores podrían interesarse sobre los detalles de los momentos finales del sitio de Querétaro. Hace cien años la mayoría de los actores de aquel drama aún vivían y el elemento conservador, si bien estaba políticamente desarticulado, seguía teniendo una influencia considerable en la sociedad y en la opinión pública, de tal modo que la conducta de los liberales sufría el escrutinio de los conservadores que, aun en su derrota, tenían su propia versión de los acontecimientos del

---

<sup>128</sup> Ibid. Carta de Ballescá a VRP (Barcelona, marzo 30 de 1889), p. 149.

<sup>129</sup> Carta del general Mariano Escobedo al presidente Porfirio Díaz, México, julio 8 de 1887. Véase Vigil, México a través de los siglos, loc. Cit., t. V, p. 839-844.

y de los acontecidos veinte años atrás. Precisamente el México... pretendía dar una versión de la historia de carácter oficial pero que, en lo posible, fuera aceptable para los desafectos o, al menos, argumentara con el mayor número de pruebas las razones que lo asistían al Estado y pusiera en tela de juicio los ataques del partido católico.

Las rectificaciones de la carta de Escobedo nos señalan también la participación del presidente Díaz en el México..., pues como él era el destinatario de la misiva recibida dos años antes, sólo él la pudo poner en manos de Vigil para que se publicara en la historia. Lo que resulta un poco extraño es que Escobedo, general de División ya en retiro, esperara hasta 1887 para aclarar la cuestión, pero esto es lo primero que explica en su carta: la dirige a Díaz por ser el mandatario supremo, pero con objeto de satisfacer una licitud de López, el supuesto traidor:

Señor presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro ha venido a removerlos en la actualidad la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por el señor Víctor Darán, y cuya publicación tiene por título: El general Miguel Miramón. En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Estando la narración a que me contraigo escrita bajo un color enteramente inexacto, y sobre todo, en lo que se refiere al motivo que originó aquella misma ocupación, dio lugar a que el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los diarios de esta capital, una carta, en la cual me pedía que con toda sinceridad expresara la verdad histórica relativa a aquellos sucesos.<sup>130</sup>

Hay otro aspecto que distingue a Vigil entre los autores del México... y es que fue el que más dinero cobró por su colaboración, según el testimonio de Ballezá:

Ya que en una de sus estimadas me cita usted a Vigil, permítame usted una confidencia. Ya sabe usted lo que ese señor me hizo sufrir por su grandísima calma en la entrega de originales y las pérdidas materiales que esto me causó. Entre tanto iba él pidiendo dinero cada mes, que yo le daba porque de otro modo no habría escrito poco ni mucho, pues según me tenía dicho necesitaba contar con un

---

<sup>130</sup> Ibid., t. V, p. 839.

tanto fijo mensual y de no dárselo yo, tendría que escribir para algún diario. En vísperas de mi salida de México, temiendo que me dejase colgado acepté sus proposiciones de escribir una obra completa referente a la Reforma, tan pronto como acabara el México, y que él seguiría cobrando en mi casa la mensualidad hasta completar la cantidad de \$ 1,350 por su tomo de aquella obra y nada menos que \$ 2,000 por la nueva: total \$ 3,350 que ha recibido en buena moneda, sin que hasta la fecha sepa yo que haya entregado una sola hoja de original de su novísima anestésica producción. Esto último me tiene sin cuidado, porque no creo que sea el hijo de mi madre el que se meta a publicar tal cosa. Lo que quise asegurar con aquel sacrificio fue la conclusión del México, y nada más. Y no digo más por no decir lo que pugna por salir de mi cabeza hablando de aquel señor.<sup>131</sup>

Si cada autor del México... cobró \$ 1,350 y Riva tal vez un poco más por ser el director, no puede decirse que haya sido un pingüe negocio para ellos, sobre todo al considerar que invirtieron aproximadamente dos años en escribir sus respectivos tomos y ello sin considerar los años de estudio previos. También se ve que el sistema de ediciones por entregas tenía ciertos riesgos para los editores que tenían que satisfacer -al menos hasta cierto punto- los caprichos del escritor con tal de que entregara material y para no desacreditarse ante sus clientes, a causa del retraso de las entregas o fascículos.

Justo Sierra también hizo un breve examen del tomo de Vigil y lo estima como:

el más considerable de la colección; el más considerable y el más interesante, porque nos toca más de cerca, porque el autor narra una historia en la que vivimos todavía, puede decirse, y en la que existen las causas inmediatas y determinantes de los sucesos de hoy. En él ha desplegado el señor Vigil todos los recursos de su talento, de su saber y de su estilo, y de hoy en adelante podrá decirse que el gran período de la Reforma ha encontrado un historiador digno de él.<sup>132</sup>

Sierra pondera las muchas dificultades que enfrentó Vigil: difícil acceso a documentos importantes, falta de perspectiva histórica, el espíritu de partido y aun escollos de orden psicológico, que nos resulta difícil precisar. Y, siendo historia política,

<sup>131</sup> Santiago Ballezá, "Cartas del editor de México a través de los siglos", en Secuencia, núm. 35, mayo-agosto de 1996, carta a VRP, Barcelona, febrero 8 de 1891, p. 163.

<sup>132</sup> Sierra, "México a través de los siglos", loc. Cit., p. 187.

concede Sierra, no se le puede pedir al autor la serenidad de un Tucídides. En cuanto a su estilo, para don Justo, es “correcto” y a veces caliente hasta llegar al “rojo-alambrado”. Después de hacer alusión a Taine, emite Sierra su principal crítica:

La obra nacional de que hablamos es el proceso implacable, bajo una forma cortés, del partido reaccionario e imperialista en México. El autor no es un juez, es un acusador, un representante de la vindicta pública, como se decía en el añejo idioma criminalista, y su conclusión breve y despiadada se infiere rectamente de premisas en que no figura una sola circunstancia atenuante

¿Es esto justo? Ai posteri l'ardua sentenza, que dijo Manzoni. Ante esta formidable imputación, quisiéramos ver producirse en la facción vencida una obra en que el mismo período en que el señor Vigil se ocupa, fuese tratado muy en grande; no un folleto polémico, sino una historia orgánica y formal, que saliera de las filas del grupo que cuenta entre los suyos hombres de erudición, de inteligencia y de conciencia, como los García Icazbalceta y los Roa Bárcena, muy capaces de dar cima a tamaña empresa; a ellos vendrían documentos y notas de que difícilmente podemos disponer los escritores liberales; de todo ello nunca podría resultar que de parte de los reaccionarios estuvo la razón y la justicia; pero sí muchas rectificaciones y muchos motivos de meditación, entre ellos, el de que todos los partidos han cometido terribles errores, y que en el amor a la patria todos podemos encontrar no la conciliación de las ideas, irrealizable utopía, pero sí la paz entre los sentimientos; sería una desgracia inmensa que esto fuera imposible.<sup>133</sup>

Según parece todos los votos que hizo Vigil de ser imparcial no valen, para Sierra, un cacahuete. ¿Puede pensarse que hubiera alguna animadversión de parte de Sierra? Bueno, es claro que don Justo ya acariciaba la idea de escribir una historia de México, que tomará forma, más de diez años después en México. Su evolución social. También es bien conocida la polémica que sostuvieron Sierra y Vigil, cada uno desde su perspectiva filosófica: Vigil defendió entonces, a principios de los años ochenta, la postura “metafísica” en su Revista Filosófica, frente al positivismo emergente que Sierra divulgaba desde el periódico La Libertad. Ciertamente, Sierra era un liberal, pero él pertenece a

---

<sup>133</sup> Ibid., p. 189.

la nueva horneada, la que iba ascendiendo políticamente, en cambio Vigil y su generación iban de salida de la arena política. No creemos que Sierra juzgue a Vigil con mala voluntad, era demasiado inteligente para hacerlo, pero tal vez podemos pensar en una situación de competencia. Quiero decir que Sierra dedicó tiempo y pensamiento a la crítica que venimos citando, y podría decirse que realmente se “puso en los zapatos”, como se dice, de Vigil y pensó que él hubiera historiado esa época de un modo diferente. El llamado que hace a los conservadores para que ofrezcan su versión apunta también en el sentido de que algo faltó en el México..., resultó una historia parcial Y fue tan legítima la ambición de Sierra que en efecto escribió su versión de la historia contemporánea: México. Su evolución social, un libro notable en más de un sentido, pero que perdió actualidad después de la Revolución de 1910, cuando se desató la crítica contra el Porfiriato en general y contra el positivismo en particular. En cambio el México... menos doctrinario, al menos explícitamente, y con la ventaja de llegar sólo hasta el año de 1867, no fue considerado estrictamente hablando como un producto del Porfiriato, pese a que evidentemente lo fue. Sin embargo la argucia de extraer los textos de Sierra de la obra original y convertirlos en La evolución política del pueblo mexicano, como si fuera una obra autónoma, ha permitido rescatar, actualizar, el pensamiento histórico de Sierra, que es por cierto de lo mejor que hay que leer. Pero pedirle a los conservadores, a cualquiera que no contara con el apoyo decidido del gobierno, lo publicaran una obra que compitiera con el México... nos parece que era demasiado pedir; pese a ello el que Sierra considere que puede haber otras versiones de la historia lo señala como buen historiador y es una marca de que pertenece a una nueva generación, más conciliatoria, de políticos.

En cuanto a la lectura que hace el padre Cacho Vázquez del tomo de Vigil, sólo podemos conocerla por un par de breves comentarios:

El último tomo, redactado por José María Vigil... muestra, mucho más que los dos anteriores referidos al XIX mexicano, que México contemporáneo [sic] ha luchado por lo que debía hacerlo y ha triunfado. No es, pues, de extrañar que los elogios retóricos y las apologías ideologizantes abunden.<sup>134</sup>

Y más adelante, ya para terminar, afirma:

La metodología de don José María Vígil... es semejante a la de sus compañeros. Sin embargo, se distingue por su mejor uso y manejo de la lengua, su academicismo literario.<sup>135</sup>

Hallamos cierta dificultad para ponderar las críticas del padre Cacho Vázquez, en la medida que el positivismo que les achaca a los autores del México... no tiene nada que ver con lo que se entendía por positivismo en la propia época de los autores. Eso hace que su argumentación esté permanentemente, por así decirlo, fuera de foco. Aun aceptando la definición de Cacho Vázquez del positivismo, en el sentido de empirismo, no nos parece que sea este un rasgo verdaderamente acusado del México... Pero es grande la aportación del historiador jesuita pues nos muestra que nosotros leemos el México... conforme a la tradición que hemos heredado, pero no podemos considerarla la única posible, ni siquiera como la más “correcta”, simplemente es la que nos parece más pertinente a esa tradición. Y esperarnos que el padre Cacho Vázquez disculpe el que, por momentos, lo tratemos como a don Lucas Alamán, rectificándolo todo el tiempo, como los autores del México...

## Ilustraciones

---

<sup>134</sup> Cacho Vázquez, México a través de los siglos a cien años de su publicación, loc. Cit., p.19.

<sup>135</sup> Ibid., p. 41.

La lámina a color con la que abre el tomo V es sencilla: una mujer representa la patria vuela por los aires vestida con los colores nacionales; el brazo derecho está levantado y lleva en la mano un retoño de laurel (¿o de encina?); el brazo izquierdo atrae contra su pecho una lápida en la que están inscritas estas palabras: “Constitución de 1857”; en la parte alta se lee: “México a través de los siglos”.

La ilustración hecha por Ramón Cantó para iniciar la “Introducción” en una gran “F” capitular que dice en la parte media “Constitución 5 de febrero de 1857”; presenta una moneda con el perfil de Juárez que dice: “Resp.: Benito Juárez No. 3 Or.: de México” es decir el benemérito como jefe de los masones mexicanos y a un lado lo que parece el reverso de la moneda con el símbolo masón del compás. Arriba un pequeño gorro frigio -símbolo del liberalismo tomado de la Revolución Francesa- esparce rayos de luz en todo el cuadro. Y todavía más arriba se ve una iglesia sobre una loma que tiene que ser la de Dolores; a la derecha hay una casa derruida y otra loma, al pie de la cual pueden apreciarse tres cruces, posible referencia al cerro de las Campanas. Por último en la parte más baja se aprecia una corona -el monarquismo- que se precipita a la oscuridad.

Cada tomo del México... lleva, en la página inmediata anterior al inicio del texto, una viñeta sencilla y el nombre de la época que se trata. La del tomo V es digna de mención por la riqueza simbólica. En primer plano aparece un soldado humilde con fusil y bayoneta; cerca de él un agave y algunos frutos; su codo lo recarga en un árbol caído que tiene una corona y las iniciales “N” “I” (¿Napoleón imperator?); sobre el tronco hay unas “tablas de la ley” que se refieren a las leyes de Reforma; atrás se aprecia un árbol frondoso en cuyo tronco está grabada una escuadra, símbolo masónico; al fondo se ve torre de una Iglesia.